

ESTUDIOS

PROCESO REGIONAL
PHILE
SECTION -
PERIODICOS Y
REVISTAS



N A V I D A D

37

ESTUDIOS

REVISTA MENSUAL

Secretario de Redacción: JAIME EYZAGUIRRE

CASILLA 3746 — SANTIAGO DE CHILE

AÑO IV

DICIEMBRE de 1935

Núm. 37

Se reciben suscripciones en las Librerías:

Zamorano y Caperán

Compañía 1015

LIBRERIA CLARET

Avda. 10 de Julio 1140

(ENTRE SAN DIEGO Y GALVEZ)

Cultura Católica

Delicias 1626

Valor de SUSCRIPCIÓN por un año: \$ 22.—

En venta en las principales

Librerías de Santiago y Provincias

| | |
|--|----|
| “LOPE DE VEGA, POETA DE NAVIDAD”, por Jaime Eyzaguirre | 2 |
| “¿EXISTE EN CHILE LA AUTONOMIA MUNICIPAL?”, por José María Cifuentes | 9 |
| “LA FILOSOFIA BERGSONIANA FRENTE AL PENSAMIENTO CONTEMPORANEO”, por Armandó Roa | 14 |
| “LA MUERTE DE ABEL”, por Manuel Atria | 37 |
| “RAICES BIBLICAS DE LA VIDA INTERNACIONAL MODERNA”, por Alberto Cruchaga | 39 |
| “ECOS DEL EXTRANJERO”: “El X Congreso italiano de filosofía” | 52 |
| “La Iglesia en Méjico” | 56 |
| “El Presidente Roosevelt y el Catolicismo” | 60 |
| “REVISTA DE IDEAS Y DE HECHOS”: “Iglesia y Política” | 63 |
| “Presupuesto Nacional” | 66 |
| “NOTAS BIBLIOGRAFICAS”: “Salazar: Portugal y su jefe”, por Antonio Ferro | 70 |
| “La literatura histórica chilena y el concepto actual de la historia”, por Francisco A. Encina | 72 |



Lope de Vega, Poeta de Navidad

Menguada idea del Fénix de los Ingenios tendrá el que lo suponga sólo poeta de humanos afectos. Símbolo viviente de la España áurea, encarnación de sus intemperancias a la vez que de sus nobles ideales, lleva arraigada hasta el fondo del ser la virtud de la fe. Lope cree y porque cree ama. Su amor, muchas vces arrastrado por el lodo de la sensualidad que no respetó ni su traje talar, sabe también en no pocos casos divinizarse, impelido por esa misma fe en la Infinita Misericordia. Y como, según propia confesión, “no vivía en sí mismo, cuanto en la persona que amaba”, Lope logra en tales casos de unión con Dios arrestos verdaderamente místicos.

Pero él no sabe sólo ser poeta de la fe y de la caridad, sino también de la esperanza. Lope cree, Lope ama, pero a su vez, Lope espera. Y así, a fuer de cristiano de verdad, que no por pecador deja de confiar en los méritos de Cristo, sabe confundir su anhelo de perfección, sus ansias de posesión de Dios, con las aspiraciones de los viejos patriarcas del primer testamento que suspiran por la venida del Mesías. La liturgia de la Iglesia, que en el Miércoles de las cuatro tómporas de Adviento exclama con el profeta Isaías: ¡Oh cielos, derrama vuestro rocío; y lluevan las nubes al Justo; ábrase la tierra y brote el Salvador y nazca con El la justicia”, sírvele entonces al poeta del amor divino de rica fuente inspiradora. Y haciendo suyo el pensamiento de la Esposa de Cristo, canta él con ferviente devoción:

La tierra estaba afligida
lloraba el género humano;
porque se tardaba el Justo
esperado tantos años.

Pedía rocío al cielo,
y a las nubes aquel santo,
que, para salvar al mundo,
fuese en la tierra engendrado.

La bendición de Abraham
los venerables ancianos
pedían a Dios, diciendo,
deshechos en tierno llanto:

“¡Venga de lo alto
favor a lo humano!
¡De la altura venga
quien nos defienda!”

.....

La oración de los patriarcas es al fin escuchada y Dios decide enviar a su Hijo a la tierra. Y como heraldo de tan buena nueva, manda El primeramente al Arcángel Gabriel a anunciar a María, mujer obscura para el mundo, pero grata a los ojos del Padre, el honor que le estaba reservado desde la eternidad de engendrar a Su Unigénito.

Lope, que sigue paso a paso el misterio de la Encarnación se transporta también entonces en alas de las musas a la pobre casita de Nazaret:

Pensando estaba María
en alta contemplación,
quién había de ser Madre
del Hijo eterno de Dios.

De los sagrados Profetas
la soberana lección
le había puesto el deseo,
que el alma le suspendió.

Leyó que una virgen santa,
y sin obra de varón,
un hijo concebiría,
siendo ella cristal, él, Sol.

—¡Felicísima doncella!,
le dice llena de amor,
porque entonces no sabía
que por ella se escribió:

—¡Quién tan venturosa fuera,
que, por serviros a vos,
mereciera ser esclava
de las que de vos lo son!

Desde aquí, virgen hermosa,
adoro y respeto yo

aquel campo, que ha de dar
fruto de tal bendición.

Cuando esto dice la Niña,
(Niña en los ojos de Dios,
que con el Niño que espera
las tendrá para los dos),

bate las alas un Angel
de la esfera superior,
coronando el aire claro
de cándido resplandor.

En la humilde Nazaret
el alto vuelo paró,
donde ha de pararse el Cielo
y nueve meses su Autor.

Tomó forma de un mancebo
más hermoso que Absalón;
ni era mucho, pues su Dueño
verdadera la tomó.

Las rodillas por el suelo,
dijo que era embajador
de la paz de Dios y el hombre,
con que Dios hombre quedó.

Más bendita fué María
y de más gracia y honor

en creer, que en concebir
a Dios en esta ocasión.

.....

Y pasan los meses y los designios providenciales tocan a su término. El Hombre-Dios, añorado cuatro mil años y que de tan prodigiosa manera se anuncia a María, llega al fin a la tierra. ¿Acaso en un palacio confortable de una gran ciudad, acariciado por las brisas primaverales y sonreído por las flores? No. Ni más ni menos que el último hijo de pecado. Pero, dejemos a Lope que en bella prosa nos describa el escenario en que ha de operarse este misterio incomprensible de humildad y caridad divinas: "Comenzó el riguroso invierno a serlo tanto, que los pastores de Belén se junta-



Visita a Santa Isabel

ban las noches a hacer grandes hogueras en los campos; y hincando algunos troncos, acercándolos de mimbres y otras ramas de robles y tarayes, hacían resistencia al viento, como en las salas de las ciudades los aforrados cancelos a los señores. Las ovejuelas alrededor del fuego balaban ateridas, y, juntándose unas con otras en los rediles, pasaban las frías noches, amaneciendo la escarcha sobre sus lanas, como en las copas de los inmóviles árboles tal vez los cándidos copos de la blanca nieve dejaban vestidos de una misma librea los cielos y los campos. Los pastores, envueltos en sus gabanes toscos, deseaban la venida del sol, cuyos rayos la deshiciesen para descubrir las sendas. Caíanse las aves muertas por la gran falta del grano y hojas de los árboles, que, ya por estar caídas, ya por estar cubiertas, no las hallaban. Los osos se sustentaban en las obscuras cuevas del humor de sus mano, y los demás animales venían hambrientos hasta las mismas

cabañas de los pastores, cuyos perros con ladridos fuertes, que por todos aquellos valles rimbombaban, despertaban los pastores, que con los estallidos de las hondas los ahuyentaban del rededor de las cabañas”.

Pues bien, en medio de tal inclemencia, José y María, cuya hora se acercaba, arriban a empadronarse a Belén. “Llegado a este dichoso punto, prosigue Lope, y hallándose los dos en la ciudad referida, la más rigurosa noche de aquel invierno, sin posada por su pobreza, y por la multitud de la gente, que con el mismo intento de pagar el tributo había venido; retirados a un diversorio, o portal, que a los últimos barrios de la ciudad estaba debajo de una peña, y donde los que venían a negocios de la ciudad acostumbraban atar y dar de comer a sus animales, hizo Joseph un pesebre para los que él traía; si acaso no estaban allí en aquella sazón dejados por otros dueños”.

Y allí, entre pastos y animales, se inicia la redención del género humano, llega a la tierra en envoltura mortal el Hijo de Dios. Lope, lleno de lírica emoción, le describe: “Estaba el glorioso Infante desnudo en la tierra, tan hermoso, limpio y blanco como los copos de la nieve sobre las alturas de los montes, o las cándidas azucenas en los cogollos de sus verdes hojas”.

Y después el vate, como sobrecogido ante ese cúmulo de paradojas inexplicables que ha visto deslizarse ante su vista, medita profundamente:

| | |
|--------------------------------|-------------------------------|
| Que nazca un hombre en Be- | Que el mayor círculo cuadre |
| Hijo de Dios natural, | [lén, la carne del viejo Adán |
| y que aposente un portal, | en el nuevo, a quien hoy dan |
| del cielo y la tierra el bien; | humana, aunque Virgen Madre; |
| que al Rey de entrambos le den | que envíe su Hijo el Padre, |
| dos animales calor, | siendo tan bueno y tan Dios, |
| y que tan alto Señor | que son iguales los dos, |
| cifre en pajas su poder, | a la tierra a padecer, |
| ¿qué puede ser? | ¿qué puede ser? |

Que salga fuera de sí
la naturaleza humana,
de ver a la soberana
bajar a la tierra así;
que se junten hoy aquí
la virginidad y el parto;
y que el amor no esté harto
de ver a Dios padecer,
¿qué puede ser?

Que bajen pobres pastores
de los ángeles llamados;
que las fuentes y los prados
se cubran de leche y flores;
que tenga Dios acreedores,
siendo nuestros los pecados;
y que a sombra de tejados
por deudas se venga a ver,
¿qué puede ser?

Que esté una doncella santa
virgen después de parida,
y que pariendo la vida
esté con pobreza tanta;
que el cielo la llame santa,
y esté sin casa en el suelo;
y que al mismo Rey del cielo
no tenga en qué le envolver,
¿qué puede ser?

Que Dios no tenga pañales,
y el hombre vista brocado;
que esté Dios desamparado,
y el hombre en casa reales;
que Dios ande entre animales,
y el hombre en camas de seda;
que Dios descansar no pueda,
y el hombre tenga placer,
¿qué puede ser?

Y Lope, ahondando en el misterio, intuye el fondo sublime y trágico de ese nacimiento:



Presentación al Templo

Las pajas del pesebre,
Niño de Belén,
hoy son flores y rosas,
mañana serán hiel.

Lloráis entre las pajas
de frío que tenéis,
hermoso Niño mío,
y de calor también.

Dormid, Cordero santo;
mi vida, no lloréis,
que si os escucha el lobo
vendrá por Vos, mi bien.

Dormid entre las pajas,
que, aunque frías las véis,

hoy son flores y rosas,
mañana serán hiel.

Las que, para abrigaros,
tan blandas hoy se ven,
serán mañana espinas
en corona cruel.

Mas, no quiero deciros,
—aunque Vos lo sabéis—
palabras de pesar
en días de placer.

Que aunque tan grandes de-
en pajas las cobréis, [das
hoy son flores y rosas,
mañana serán hiel.

Dejad el tierno llanto
divino Emmanüel;
que perlas entre pajas,
se pierden sin por qué.

No piense vuestra Madre
que ya Jerusalén

previene sus dolores,
y lllore con Joseph.

Que aunque pajas no sean
corona para Rey,
hoy son flores y rosas,
mañana serán hiel.

Pero ¡a qué helar con vaticinios dolorosos, la alegría de las almas sencillas de los humildes pastores que Dios escogió con preferencia a todos los hombres para adorar a su Hijo! Dejemos, piensa el poeta, que los corazones puros se explayen y que la tierra y el cielo canten su gozo:

Campanitas de Belén,
tocad al Alba, que sale
vertiendo divino aljófara
sobre el sol que della nace;
que los ángeles tocan,
tocan y tañen.

Que es Dios-Hombre el Sol
y el Alba su Madre;
Din, din, din, que vino en fin;
don, don, don, San Salvador;
dan, dan, dan, que hoy nos le dan
Tocan y tañen a gloria en el cielo,
y en la tierra tocan a paz.

Los pastores, que oyen las campanitas, que oyen el llamado de los ángeles, se levantan presurosos y corren a adorar al Niño:

Bras, Gil, Llorente y Violante: tanto placer,
todos a Belén venid;
veréis al Niño David,
que ha de matar al gigante
en el anillo de cobre
de nuestro círculo pobre:
pero al ver

déjate caer
con el temor;
que este humanado Paster
es tan divino Zagal,
que es Niño y Dios inmortal...

Y sigue el jolgorio inocente cuando el Divino Infante es presentado al templo cuarenta días después de nacer y le es impuesto el Santo Nombre de Jesús:

Alegría, zagales,
valles y montes,
que el Zagal de María
ya tiene nombre.

Corred, arroyuelos,
cándida leche:

los corderos retocen,
canten las fuentes;

y las aves alegres
en sus canciones:
que el Zagal de María
ya tiene nombre.

El Santo Nombre de Jesús, ¡qué de hermosas reflexiones sugiere al vate de inspiración cristiana! Lope pone ante él todo el arrebató de su amor, la sencillez y profundidad de su fe y el dulce abandono de su esperanza. El Nombre Augusto tiene para él la virtud de detener el pecado, de abatir las pasiones, de preservar al alma de las asechanzas del mal:

Si cada vez que un hombre murmurase
del amigo, del prójimo y ausente,
Jesús dijese, es nombre suficiente
a que la voz y el ánimo templase.

Si cada vez que del honor tratase
del que infama y corrige vanamente,
Jesús dijese, y con humilde frente
a las Divinas Letras se humillase:

Es imposible que el furor más ciego,
y la venganza más soberbia y loca,
con tal rocío no templase el fuego.

Que el nombre de **Jesús** tanto provoca
a amar a Dios y al prójimo, que luego
penetra el corazón desde la boca.

Sí, el Dulce Nombre de Jesús, sólo El opera el milagro de transformar al Lope sensual en el Lope de los místicos arrebatos. Muchas veces, al recomenzar su vida llena de accidentes, él lo pronuncia con fe y esa fe le salva. Pero después viene de nuevo la carne a agujonearle y el Nombre Divino cede su sitio al de un amor pecaminoso. Lope, al fin, es el símbolo de la humanidad...

Así, en sucesiva serie de ascensiones y caídas, cumple su destino el Fénix de los Ingenios y muere con Jesús en los labios. Porque, no hay que olvidarlo, Lope supo ser siempre el poeta de la esperanza...

J A I M E

E Y Z A G U I E R E



José María Cifuentes

¿Existe en Chile la Autonomía Municipal?

El Poder legislativo y numerosas Municipalidades han acordado tributar diversos homenajes a la memoria del promotor de la Comuna Autónoma en nuestro país, Don Manuel José Irarrázaval. Se nos ocurre que el mejor de todo sería el de restablecer en nuestro país la autonomía comunal.

La ley que la implantó en 1891 fué, en realidad, muy mezquina en materia de recursos; pero ocurrió que en la práctica, ni la mitad de ellos se entregaron a las Municipalidades y como la autonomía no las capacitaba para hacer milagros, sucedió que no pudieron prestar debidamente ni los servicios más primordiales que incumben a esta clase de corporaciones.

En consideración a su pobreza se fué quitándoles paulatinamente las funciones que debían corresponderles y al fin hemos llegado a tener en Chile una simple caricatura del régimen municipal.

En Francia — donde existe mucho centralismo — los presupuestos locales representan la mitad del presupuesto fiscal. En Chile, considerando el servicio de la deuda pública, representan los presupuestos municipales el 7 % del presupuesto fiscal: 100 millones contra 1,350 millones.

Es que en Chile todos los servicios públicos, aun aquellos del más evidente carácter municipal están a cargo del gobierno central y son dirigidos absolutamente desde Santiago.

Vamos a pasar breve revista de los casos más edificantes.

La Instrucción primaria figura en el presupuesto fiscal para 1936 con 129 millones de pesos.

¿Por qué está centralizado este servicio en vez de ser un servicio municipal?

¿Son incapaces las municipalidades, si se les atribuyen los mismos fondos que para tal fin se atribuyen al fisco, de mantener iguales escuelas primarias? Los usufructuarios ideológicos o pecuniarios del centralismo responderán afirmativamente; pero si hay un servicio susceptible de ser descentrali-

zado, con ventajas indubitables de orden administrativo y aun educacional es éste.

El servicio de camino figura en el presupuesto fiscal para 1936 con 51 millones de pesos.

¿Por qué está centralizado este servicio del más evidente carácter municipal?

Los servicios de agua potable y alcantarillado figuran en el presupuesto fiscal para 1936 con más de 14 millones.

¿Habrá servicios de un carácter municipal más indiscutible?

La pavimentación de calles y aceras ¿se imaginaría nadie que fuese un servicio centralizado en la capital de la República ¡Pues en Chile lo es!

¿Qué es lo que son entonces las Municipalidades en Chile?

Unas entidades que no necesitan recursos porque no prestan servicios y que no prestan servicios porque no tienen recursos.

Creemos que el presupuesto fiscal podría ser descargado a lo menos en 200 millones de pesos, y el presupuesto municipal incrementado en igual suma, con sólo entregar a las Municipalidades aquellos servicios que son inherentes a la naturaleza de estas instituciones, cediéndoles naturalmente los impuestos fiscales suficientes.

De este modo se descentralizaría la administración, se daría vida e importancia, a las Municipalidades, se invertirían con mayor justicia los tributos, y todo esto tendría ventajas de orden social, político, administrativo y financiero.

La Constitución en su artículo 107; los programas de los partidos políticos, las promesas unánimes de todos los candidatos a parlamentarios, hablan muy acentuadamente de descentralización. Pero ¿qué es lo que ocurre en nuestro país? Que cada día se da un paso más en el camino de la centralización más desaforada que se había visto en país alguno de la tierra.

El efecto que esta situación está produciendo se ve a las claras: Santiago se congestiona; las ciudades de provincia se paralizan.

Un breve cuadro del incremento de la población en unas

cuantas ciudades de la República nos ilustrará mejor que largas disertaciones sobre la materia.

Habitantes según los censos de los años que se indican:

| | 1 9 0 7 | 1 9 3 0 |
|----------------------------|------------------|------------------|
| Santiago | 332,724 | 696,231 |
| Valparaíso | 162,447 | 193,205 |
| Concepción | 55,330 | 77,589 |
| Iquique | 40,171 | 46,458 |
| Talca | 38,040 | 45,020 |
| Chillán | 34,269 | 39,511 |
| Quillota | 11,449 | 14,859 |
| San Felipe | 10,426 | 11,963 |
| | | |
| República | 3.231,496 | 4.287,445 |

Obsérvese el cuadro anterior. En 1907 Santiago tenía un 10,7 % de la población total. En 1930 tenía un 16,2 %. Hoy, con 803.000 habitantes, pasa ligeramente del 18 %.

Si este mismo ritmo continúa, en 1950 Santiago absorberá la cuarta parte de la población del país y a fines del siglo, la mitad. Entre tanto, proporcionalmente las otras ciudades irán siendo cada vez más insignificantes.

Todavía más sugestiva que la concentración demográfica es la concentración de la riqueza en la capital. El índice más inequívoco de la holgura económica personal es la calidad de imponible en la contribución global sobre la renta. Pues bien: en 1928 residía en Santiago el 38,3 % de los imponibles del país; en 1931, el 42 % y en 1934 el 48,3 %. Si se mantiene este coeficiente de progresión, en 30 años más estarán en Santiago todos los imponibles de Chile. No quedarán en provincias sino las personas de ínfimos recursos. La razón principal de este fenómeno está en que todas las ventajas y todas las influencias, van concentrándose cada vez más en la capital.

Agentes subalternos de las grandes Direcciones Centrales que en esta residen, supeditan en los pueblos provincianos todas las actividades locales, absorben todas las iniciativas. Los respetables vecinos de Los Angeles no son dignos de resolver sobre el pavimento de las calles y aceras que corren frente a

sus casas: son los tutores de Santiago los únicos que pueden hacerlo con acierto y con honradez.

Direcciones Generales de servicios, Caja de toda especie imparten, desde Santiago, el movimiento a los más ínfimos resortes de la actividad nacional.

El silabario que rompe un alumno de una escuela de Quinchao deberá ser reemplazado después de interminables papeleos por la Dirección General de aprovisionamiento del Estado. El pantano que se forma en un camino de la región de los lagos será asunto de una laboriosa tramitación que con buena fortuna obtendrá resolución adecuada de la Dirección general de caminos, y así lo demás.

En estas condiciones sería preferible que las Municipalidades no existieran, porque resultan un rodaje perfectamete inútil del mecanismo constitucional y administrativo del país.

Decir que no sólo existen sino que son autónomas es una irrisión.

En Chile van transformándose las Municipalidades en Academia en que se discuten teóricamente las necesidades comunales cuya solución práctica debe obtenerse de las oficinas centrales que residen en Santiago.

Naturalmente estas oficinas que disponen de influencias poderosas, proclaman como dogma la excelencia irremplazable de su tecnicismo y defienden como conquista de la buena administración, las que son conquistas de su interesado predominio.

Unas veces se alega la justicia de abrir horizontes a la carrera de los empleados; otras la conveniencia de obtener precios más bajos; otras el hecho de disponer de elementos técnicos más preparados; en suma, una serie de pequeñas ventajas o razones que indudablemente tienen alguna base, pero que, en todo caso no pueden compararse con las razones y ventajas que abonan la descentralización.

Por otra parte se ha logrado convencer a muchos de que los habitantes de las provincias son niños muy pequeños, incapaces de hacer nada razonable a poco que se sustraigan de la tutela maternal de Santiago.

Problemas tan delicados como el cambio de nombre de una calle no puede confiarse al criterio de una Municipali-

dad por lo que el artículo 78 de la respectiva ley orgánica lo ha entregado a la resolución de una ley.

Las consecuencias de este centralismo son las de anular todo espíritu de iniciativa y de progreso, en los pueblos de provincia. Sus elementos más acomodados y prestigiosos se trasladan a Santiago y los que no pueden hacerlo pasan la vida quejándose con razón del injustificado tutelaje de la capital.

Para restablecer en Chile la Comuna autónoma, sería necesario desprenderse sinceramente de absurdos prejuicios y romper valientemente la red de intereses de todo orden que se han creado alrededor del centralismo.

Pero sólo así podrá existir la Comuna autónoma con todas sus ventajas de iniciativa y de progreso local, de justa repartición de los tributos, de oportuna atención de las necesidades, de irreemplazable escuela de civismo, de sólida garantía de libertad política, y de reconocimiento impostergable de los derechos y de las aptitudes que tienen nuestros conciudadanos, residan o no al sur del zanjón de La Aguada o al norte del Hipódromo Chile.



Matrimonio Cristiano y Divorcio Civil

LA OBRA MAS COMPLETA Y DE MAYOR ACTUALIDAD

POR

CARLOS HAMILTON

PROFESOR DEL SEMINARIO PONTIFICIO

PRECIO: 5.—

EN VENTA EN LA LIBRERIA CULTURA CATOLICA

Armando Roa Rebolledo

La Filosofía Bergsoniana frente al pensamiento contemporáneo

La filosofía prebergsoniana

Desde el Renacimiento se dibujaron netamente dos tendencias en la filosofía: una encabezada por Descartes completamente racionalista y la otra por Bacon, empirista; el uno pretendió que sólo la razón pura, sin trabas de ninguna especie podía llegar al conocimiento de la verdad, el otro creyó que sólo la experiencia daba una concepción exacta de las cosas; en todo caso, ambos abandonaban desde ese instante las enseñanzas de la filosofía eterna, y que consideraba tanto a la razón como a la experiencia, fuentes indispensables de todo conocimiento.

Pero ni Descartes, ni Bacon, vieron los gérmenes que sembraban con sus erróneos sistemas y que más tarde darían como resultado el derrumbe completo de lo que ellos mismos enseñaron o defendieron.

Fueron sus discípulos los que se encargaron de sacar todas las consecuencias de aquellos erróneos sistemas, y así durante los siglos XVII y XVIII, se disputan la primacía el Idealismo y el panteísmo consiguiente, consecuencia lógica del Racionalismo exagerado, y el Nominalismo con su correspondiente materialismo, consecuencia del Empirismo puro. Así es como desfilan por el escenario de la historia de la filosofía, los nombres de: Spinoza, Hume, Locke, Condillac, Hobbes, La Mettrie, etc., etc., fundando sistemas del uno u otro tipo; siendo el nombre del genio profundo de LEIBNITZ, el único oasis, en medio de la esterilidad completa del pensamiento humano.

Tantos y tantos sistemas derivados de los dos fundadores de la filosofía moderna, terminaron por encontrar su mejor expresión y la síntesis más completa en la escuela crítica, que fundara el ilustre filósofo de Königsberg: MANUEL KANT.

Kant, vuelve en un principio a la misma teoría del conocimiento del genio cumbre de todos los tiempos: Santo Tomás de Aquino; o sea, considera a la razón y a la experiencia como indispensables para conocer la verdad.

Pero el acierto del filósofo de Königsberg, no pasará más allá; pues al considerar el espacio y el tiempo como netamente subjetivos, y a todas las experiencias sometidas a

ellos; así como más adelante al decir que todos los conceptos están subordinados a las categorías del entendimiento, dá patente libre al subjetivismo más completo; ya que toda la realidad, el no yo, queda bajo la tutela del yo.

Así como Santo Tomás, hizo la gran Síntesis de la verdad, cuyos gérmenes se encontraban ya en Sócrates, Platón y Aristóteles; Kant, hizo la gran síntesis del error.

De la filosofía crítica de Kant; deriva toda la del siglo XIX; que a grandes rasgos podríamos describir así:

Por un lado, el subjetivismo, desarrollado en forma completa por Fichte, llamado "l'enfant terrible du Kantisme"; por Schelling, en su Idealismo indiferente, y llevado a su más alta expresión por Hegel en su Idealismo absoluto; al considerar al mundo al alma y a Dios como la evolución de la Idea en sus tres momentos: tesis, antítesis, y síntesis.

Por el otro lado, una corriente de repudio hacia el Idealismo, hacia lo absoluto, hacia lo lógico, como resultado último del cansancio producido en los espíritus por las escuelas panteístas alemanas; una corriente que basándose sólo en el aspecto empirista kantiano, niega el valor a la razón para construir una metafísica, o sea una ciencia que llegue a la última verdad; dándosele en cambio a la experiencia y por consiguiente a las ciencias particulares que ven y estudian lo que está bajo el dominio de los sentidos; tal es la escuela positivista fundada en Francia por Augusto Comte. El hombre dice Comte, no tiene medios para probar o negar la existencia de Dios, de los espíritus, de las causas o de las esencias; por lo tanto debe abstenerse de estudiar estos problemas. Los principios universales afirmados por la filosofía eterna son indemostrables. Ignoraba Comte que caía en flagrante contradicción; pues el que proclamaba el reinado de las ciencias, negaba la existencia de los universales; y sin ellos ninguna ciencia es posible. Como resultado del positivismo, nació la escuela materialista de Büchner que ya no sólo se contentó con negar la posibilidad del conocimiento metafísico sino que, mistificando los grandes adelantos de la ciencia de mediados del siglo XIX, pretendió demostrar al mundo que sólo existía la materia, y que el espíritu era sólo el producto de la imaginación de los filósofos.

"La ciencia, dice Le Roy, en sus días de soberbia, era imaginada como única extendida sobre un plano único, siempre y uniformemente competente, capaz de abarcar cualquier objeto con la misma fuerza y de insertarlo en la trama de un mismo encadenamiento ininterrumpido. Así pues, a despecho de las atenuaciones verbales, aspirábase a una matemática universal". Y más adelante continúa: "De esta ciencia concebida como la única poseedora de la verdad, se esperaba que

en el porvenir satisficiera todas las necesidades del hombre y sustituyera sin reservas las antiguas disciplinas espirituales. Ya no más filosofía verdadera, toda metafísica parecía decepción y quimera, simple juego de fórmulas vacías o de ensueños pueriles, cortejo místico de abstracciones y de fantasmas; y la Religión, por fin, se desvanecía ante la Ciencia, como una poesía de crepúsculo ante el esplendor preciso del sol naciente". (Le Roy: "Bergson". Pág. 117).

Las frases precedentes del ilustre filósofo francés dan una idea del estado en que se encontraba el pensamiento humano en la segunda mitad del siglo pasado.

Hoy en que, empleando una frase del propio Le Roy, "los prestigios ilusorios han caído; y en que en la religión de la ciencia, no se ve más que una idolatría", nos es difícil darnos cuenta del caos profundo que reinaba en semejante estado. El materialismo, lo grosero, lo bajo, lo miserable, se mostraban en todo su esplendor.

Es sobre este medio degradado y denigrante del saber y de la cultura humana, que lo invade todo, donde obrará, aplicando sin compasión el termocauterio, el genio profundo de Enrique Bergson.

El intuicionismo de Bergson

Decidido Bergson a combatir sin cuartel tanto la tendencia panteísta como la positivista y materialista kantiana, funda la escuela intuicionista. Más tarde veremos cómo, huyendo de uno y otro sistema, ha caído en el uno y en el otro y como fuera de la filosofía eterna el mejor espíritu y el hombre más genial caerán siempre en ambigüedades y contradicciones.

El método intuicionista.—Bergson ha empezado por negar a la razón y a la experiencia su importancia para conocer la verdad; porque la razón es un método discursivo que trabaja con conceptos que no son la realidad misma sino meras semejanzas de la realidad; por lo tanto, toma los objetos desde el exterior, sin penetrar a lo profundo, a lo esencial que hay en ellos; como quien pretende conocer una ciudad porque la ha visto desde lejos, sin penetrar a su interior y conocer sus edificios, calles, parques y paseos; en una palabra, deforman y falsean la realidad, dando sólo consideraciones estáticas de ella, que conducen fatalmente a la unidad de substancia y al panteísmo.

Por otra parte, la experiencia se vale de los sentidos, los cuales sólo ven el fenómeno, lo accidental, lo exterior, sin penetrar tampoco a la esencia última y particular de la realidad.

Pero, a pesar de todo, el hombre puede conocer las cosas en sí, puede captarlas en su fluir incesante, sin acudir ni a la razón ni a la experiencia, por medio de la intuición. Y al adoptar este método de conocimiento, el ilustre filósofo francés, se coloca en una posición completamente original dentro del pensamiento contemporáneo; pues aunque ya otros habían preconizado la intuición, como Ravaisson, Boutroux y Main de Vrain, ninguno le da la importancia que le ha dado Bergson.

¿Qué es la Intuición? Contestar a esta pregunta en forma clara es bastante difícil, ya que ni el mismo fundador, la ha podido delimitar. Porque, parece que en último extremo, la Intuición sólo se puede conocer por Intuición.

Con Viquiera, podríamos decir que la intuición es la visión directa y espontánea de lo concreto y real.

El conocimiento intuitivo sólo puede expresarse por imágenes, que al menos, según Bergson, "tienen el valor de mantenerse dentro de lo concreto y real". No puede expresarse por conceptos, ya que estos son propios de la Inteligencia que es la facultad productora de la Ciencia; y la Ciencia, para el pensador francés, no tiene otro objeto, que construir objetos artificiales útiles para la vida, para la intervención en la realidad, pero de ningún modo es una traducción adecuada de ésta".

Mientras que la inteligencia se vale de la reflexión, la intuición lo hace del instinto; porque en último término es un instinto superior; el mismo Bergson ha dicho que la intuición "es esa especie de simpatía intelectual mediante la que nos trasportamos al interior de un objeto para coincidir en lo que tiene de único y en consecuencia de inexpresable".

No es difícil criticar el sistema bergsonianiano. En primer lugar, la intuición es impracticable; el propio Bergson, se ha contentado con utilizarla en el análisis de los estados de conciencia; pero este método de estudiarse a sí mismo, captando todos los estados del yo, no es otro que el de la percepción interna, empleado ya desde hace tiempo por la Psicología.

En el estudio del no yo, ha fracasado; desde luego, lo que hay de único en cada ser son sólo los accidentes, ya que su esencia es común a toda la especie, y estos accidentes se captan por medio de los sentidos; de tal manera que las diferencias individuales y la realidad concreta caen bajo el dominio de la experiencia, sin recurrir a método intuicionista alguno; y de este modo, al pretender que todos los objetos son esencialmente distintos, basándose en sus diferencias individuales accidentales, ha caído, mientras huía de él, en el sensualismo completo, ya que identifica el conocimiento intuitivo con el sensual.

Por otra parte, al pretender que la razón falsea la realidad, ha partido de un mal principio, tomando como tal el

conocimiento racional que alcanzaron Kant, Shelling, y Hegel, pero olvidando las enseñanzas precisas que dá sobre el particular la filosofía eterna de Santo Tomás de Aquino.

Olvida que la razón, con Santo Tomás, toma numerosos objetos de la realidad y abstrae, valiéndose del entendimiento agente, todo lo que en ellos hay de particular y accidental, para conservar sólo lo que es común a todos, lo esencial, lo específico y así forma los conceptos; y que estos conceptos, lejos de falsear la realidad, expresan la realidad misma, puesto que son tomados de ella.

Y es sobre estos conceptos realísimos, en cuanto expresan la esencia que hay en cada cosa, por debajo de lo particular que percibe Bergson, sobre los que actúa el entendimiento posible para conocerlos y encontrar la verdad. O sea, mientras el saber bergsoniano sólo se reduce a la superficie de las cosas, lo cambiante, accesorio y temporal, el saber tomista penetra y conoce lo profundo de los seres, lo inmutable, lo necesario y lo eterno.

Bergson ha conseguido todo lo contrario de lo que deseaba. Quiso ambiciosamente conocer las esencias individuales y sólo ha conocido el mundo de los fenómenos; Santo Tomás, más modesto, sólo aspiró a conocer lo común de las cosas, y conoció las esencias universales, lo más grande y profundo a que puede aspirar la mente humana.

La Metafísica Intuicionista.—Henri Bergson es el restaurador de los grandes problemas metafísicos; el primero que después de medio siglo ha resucitado el reinado de lo absoluto; cuando ya los que lo enterraron, satisfechos de su obra creían que no se levantaría jamás.

Por este solo hecho el genio francés se ha conquistado un sitio de honor entre los más grandes hombres de la historia y se ha hecho acreedor al homenaje de gratitud que hoy le rinden las generaciones contemporáneas y que mañana le tributarán las generaciones venideras.

Trataré de bosquejar en la forma más rápida pero precisa los caracteres de la nueva metafísica.

Hubo en la antigüedad un filósofo perteneciente a la escuela jónica, Heráclito, que consideró al movimiento como la esencia de todas las cosas. Para ello partió de los datos que le proporcionaban los sentidos los cuales, por percibir sólo la realidad fenoménica que cambia constantemente, captan el movimiento de las cosas pero no el ser de ellas. Debo recordar que el movimiento en filosofía sólo expresa cambio: así se mueve, por ejemplo un pedazo de mármol que es transformado en estatua; el ser es lo que permanece estable, en medio de los cambios de cualidades que experimentan los objetos.

Pues bien, Heráclito, dedujo de sus observaciones que to-

do cambia constantemente, sin encontrar reposo alguno; los seres salen del fuego o substancia divina, experimentan innumerables transformaciones y vuelven nuevamente al estado de fuego. Y así eternamente por una ley fatal del destino, superior a los dioses y a los hombres.

Otra escuela, la eleática, cuyos más ilustres representantes fueron Parménides y Zenón de Elea, respondió a Heráclito, diciendo que sólo existía el ser en el mundo, el cual estaba en absoluto reposo, porque para moverse necesitaría del no ser; de tal modo que todo movimiento es imposible y una mera ficción de los sentidos. Al panteísmo transformista de Heráclito sucedía el panteísmo idealista de los eleáticos. Habían partido sólo de la razón pura, la cual concluye que sobre los cambios fenoménicos hay algo estable que no cambia, que permanece; así por ej., un perro cambia constantemente de tamaño, de peso, de pelaje, etc., pero nuestra razón nos demuestra que siempre hay algo permanente, que hace que el perro siga siendo perro y no otra cosa. Y como los eleáticos consideraron superior el conocimiento racional al sensual, y como por otra parte les era imposible conciliar la existencia de dos cosas opuestas, el ser y el movimiento, optaron por negar este último, afirmando que nada muda, que todo se encuentra desde la eternidad en el reposo más absoluto.

Este problema de la conciliación del conocimiento racional con el empírico para salvar el ser y el movimiento, siguió siendo por largo tiempo el rompe cabeza de los filósofos, ya que de su solución dependerá toda la filosofía; y las escuelas optaban por uno u otro según que le dieran la supremacía a la razón o a los sentidos.

Para salvar la filosofía y la verdad de tal atolladero, fué preciso que naciera la inteligencia cumbre de la antigüedad: Aristóteles. El, junto con Santo Tomás de Aquino, abrieron con llave maestra el arcano más grande de la filosofía, al conciliar la existencia del ser y del movimiento, enseñados por la razón y la experiencia, con la grandiosa teoría del acto y la potencia.

Teoría Aristotélico—Tomista del acto y la potencia

Ni la razón ni la experiencia pueden engañarnos, dijeron Aristóteles y Santo Tomás; por lo tanto deben existir el ser y el movimiento. Las cosas cambian, pero siempre hay en ellas algo estable que permanece y que conserva la especie; es preciso conciliar ambas existencias. Para ello dividieron los seres en dos grandes grupos: el ser en acto y el ser en potencia.

Un ser está en acto cuando posee actualmente una determinada perfección, y está en potencia, cuando no la posee to-

avía, pero tiene capacidad para recibirla. Así por ej.: en un block de mármol está la estatua de César en potencia; pero después que el escultor ha trabajado el mármol y lo ha transformado en la estatua de César, ésta pasa al estado de acto; primero era un ser potencial, ahora es un ser actual. No es del caso entrar a clasificar las potencias en subjetivas y objetivas, en activas y pasivas, etc. porque ya sería un estudio dedicado especialmente a esta teoría.

Pues bien, el pasaje de un ser en potencia a un ser en acto es el movimiento; y todo cambio en las cosas no es más que este pasaje de la potencia al acto.

Como se vé, en la teoría aristotélico-tomista se salva perfectamente la existencia del ser y del movimiento que nuestro sentido común nos da a conocer en cada momento.

El olvido cada vez mayor, en que cayó el pensamiento tomista después del Renacimiento, hizo olvidar la maravillosa teoría, y se volvió a presentar con la misma gravedad el problema que 1.000 años antes había preocupado a los filósofos griegos.

Bergson ha sido una de las víctimas.

Tratando de solucionar el problema base de toda filosofía, con la intuición, conocimiento que como ya lo he dicho se identifica casi con el sensual, porque sólo se ve la cambiante realidad fenoménica, Bergson ha caído en la misma teoría de Heráclito del movimiento perpetuo, del movimiento que no principió nunca ni terminará jamás.

Bergson, al tratar de ver la realidad última y singular de cada cosa, ha visto la realidad accidental, sin vislumbrar siquiera el mundo grandioso de las esencias, que no cambian ni pueden cambiar, que son inmutables; porque es necesario que así sean como semejanzas que son de la esencia divina.

Para la metafísica bergsoniana, el Universo vive, crece en una evolución creadora y se desenvuelve libremente, por un aliento vital, el elán vital, que le es inherente, que es algo así como el alma de la materia Nada permanece en reposo; "el atomismo conceptual del pensamiento común nos conduce a establecer una especie de primacía del descanso sobre el movimiento, del hecho sobre el devenir" pero nos engañamos. El conocimiento como una cámara fotográfica, registra inmóviles las diferentes etapas del movimiento. Es una ilusión nuestra el no captar la realidad cambiante y "tratar de explicar la movilidad en función de la inmovilidad". Los conceptos que la inteligencia forma de la realidad son "como el relámpago instantáneo que ilumina durante la noche una escena de tempestad". ("Materia y Memoria", Pág. 207).—"La realidad que en su fondo es devenir pasa a través de nuestros conceptos sin dejarse captar por ellos, como pasa un movimiento so-

bre puntos inmóviles". (Le Roy: 'Bergson', Pág. 52). Nuestro conocimiento "solidifica", la fluidez constante del devenir tomando sólo lo exterior, lo artificial, lo útil para el hombre, pero dejando escapar lo interior, lo profundo, lo misterioso, lo verdadero.

El aliento vital indiviso es Dios como fuente primera de realidad infinita; de este Dios nacen continua y eternamente todas las cosas; de él irradia el élan vital que dirigirá la evolución de los mundos; pero este Dios no es estático, no es infinito e inmutable como el Dios de la filosofía eterna, sino un Dios que se está haciendo constantemente, continuamente, que no alcanzará jamás la plenitud de la realidad y que se relaciona con los mundos, para emplear la propia frase de Bergson, como los cohetes que saltan al encender una gran pieza de fuegos artificiales.

A pesar de que el pensador francés, en su carta al P. de Tonquedec, dice que su Dios es libre y creador, es fácil comprender que un Dios del cual necesariamente se desprenden los objetos en su fluir eterno, no puede ser libre creador.

Ese sería el primer argumento para destruir el Dios intuicionista, toda vez que no se concibe un Dios imperfecto y la libertad es talvez la más grande de las perfecciones.

El Dios intuicionista falla también en otros aspectos y el más grave. Según Bergson, Dios se está haciendo momento a momento; lo que prueba que está adquiriendo realidades que no tenía y perdiendo las que ya poseía; en una palabra, es tanto o más imperfecto que los hombres, y un Dios que no sea inmutable, que no posea la plenitud del ser y que no pueda adquirir nada porque en su perfección lo tenga todo, sencillamente no es Dios. El sistema bergsoniano, huyendo del panteísmo ha caído en el panteísmo emanentista más perfecto; de tal modo que la escuela intuicionista no ha podido librarse de ninguno de los errores que tanto combatió. Sin embargo, es justo dejar constancia que Bergson, reconociendo al Dios monstruoso y absurdo que había creado, aun antes de su conversión, cambió de opinión. La lectura de los grandes místicos cristianos, que hubo de emprender para escribir su último libro: "De las dos fuentes de la religión y de la moral", lo impresionó tan vivamente que optó por considerar a Dios como un ser inmutable en medio de un Universo en incesante devenir; como un sol en medio de los planetas que jiran a su alrededor. Era el primer paso que daba en el sendero de la verdad; era el primer rayo de luz divina que iluminaba su mente y que, auxiliado por la gracia sobrenatural, habría de llevarlo más tarde hacia la grandeza, la exactitud y la belleza incomparables de la verdad identificada con el cristianismo.

Psicología Bergsoniana

La psicología es el punto eje del intuicionismo, y en su estudio y desarrollo, ha gastado Bergson sus mejores energías; es preciso sí, dejar en claro, que el filósofo francés no ha dedicado sus esfuerzos a la psicología misma, sino en cuanto sirve para resolver el problema más importante de su metafísica: la libertad humana.

Pero antes de entrar plenamente al estudio del alma humana es preciso decir dos palabras del concepto que Bergson tiene de la vida.

La vida es una tendencia, una dirección, una actividad creadora; y tendencia es "desenvolverse en forma de haz creando, por el solo hecho de su crecimiento, direcciones divergentes entre las cuales se dividirá su impulso". Una de estas direcciones constituirá la Inteligencia. Pero mientras la materia inerte, cambia incesantemente en el espacio-tiempo con un determinismo fatal, la vida cambia en el tiempo sólo, completamente independiente del movimiento homogéneo del espacio; es una duración verdadera y por lo tanto la evolución creadora de la vida; es distinta completamente a la evolución estática de Darwin y Spencer que al colocarla en el espacio la llevaron al más grosero materialismo. Precisamente por evolucionar en el tiempo en direcciones diferentes los seres vivos son libres. Porque la vida es esencialmente creación y libertad.

La materia podemos considerarla desde el punto de vista cuantitativo y cualitativo. Desde el primer punto de vista la materia, no hace excepción a la ley inexorable del devenir; cambiando, pero cambiando homogéneamente sin pérdida ni ganancia de substancia, y aquí se diferencia notablemente de la vida que, exenta de todo mecanismo, cambia heterogénea y libremente.

Desde el punto de vista cualitativo, la materia está sometida a la ley de la degradación; se gasta, se pierde, se agota; es un movimiento descendente, fatal; "la tendencia a la conservación no se realiza nunca más que de un modo imperfecto"; la muerte se caracteriza por la aparición del mecanicismo, de estas dos leyes universales y fatales del destino. En resumen, mientras la vida es un movimiento ascendente, tanto más elevado cuanto más perfecto, siendo Dios el punto álgido de este movimiento; la materia es un movimiento degradante y descendente del devenir eterno. En este punto como en otros el sistema bergsoniano se parece tanto al de Heráclito que casi se confunden; basta ver que estas concepciones son las mismas con que diferenciaba la materia y la vida el ilustre filósofo de la antigüedad.

Dadas estas someras explicaciones entro al problema psicológico mismo.

La filosofía de Bergson es la filosofía de la duración y en ninguna parte puede aplicarse esto en todo su valor como en la psicología.

Ya que la inteligencia ha aparecido en la evolución de las especies para crear una ciencia utilitaria, es preciso abandonarla para conocer la verdad.

Emplea entonces la Intuición con el objeto de captar, mediante el conocimiento, la actividad en su fluir y en lo que tiene de concreto y específico y basándose en este sistema que no es otro que el de la percepción interna, utilizado hace ya tiempo por la psicología, ha levantado todas sus teorías.

Empieza por reconocer la existencia del cuerpo y del espíritu en el hombre; pero ni el uno ni el otro se asemejan en nada a los que ha descrito y admitido la filosofía eterna. Y para evitar confusiones más adelante, definiré de acuerdo con Santo Tomás, la materia y el espíritu.

Materia es toda substancia extensa, compuesta de partes, divisible, sujeta a figura y medida determinada.

Espíritu es una substancia inextensa, simple, indivisible, inteligente, libre y capaz de existir y obrar por sí misma. El alma de los brutos no es espíritu, ya que no tiene inteligencia y voluntad libre, ni puede existir y obrar por sí misma.

Fácil será ahora notar las diferencias entre una y otra psicología; ya que hay quienes han encontrado marcada semejanza entre ambas.

El espíritu para Bergson es eminentemente conciencia, aunque no coincide exactamente; y la conciencia es memoria y duración, conservación del pasado en el presente. En "La evolución creadora", Pág. 10, dice: "La conciencia retiene el pasado y anticipa el porvenir... porque está llamada a efectuar una elección; para elegir es preciso pensar lo que se podrá hacer y recordar las consecuencias ventajosas y nocivas de lo que ha hecho ya; es preciso prever y recordar".

Bergson sólo estudia y descubre los caracteres de la conciencia: no la define, pues según él no hay necesidad de definir "una cosa tan concreta, tan constantemente presente a la experiencia de todos nosotros". (Evolución creadora, Pág. 10). Todos los seres vivos tienen conciencia desde el más elevado al más bajo, porque la conciencia es esencial a la vida y sin esta aquella es imposible: sólo se exceptúan de esta ley los parásitos, que acostumbrados a llevar una existencia rutinaria, siempre con los mismos caracteres y alternativas la han perdido como que junto con ella han perdido también el movimiento espontáneo, que es esencial a la conciencia; "porque la conciencia inmanente originariamente a toda vida, se duerme donde no hay

movimiento espontáneo y se exalta cuando la vida tiende hacia la actividad libre”.

La conciencia es duración pura; no está en el espacio como la materia, sino que exclusivamente en el tiempo y así como la primera evoluciona libremente, porque no está condicionada por el factor espacio, causa última de la intensidad, del número y de la casualidad, la segunda evoluciona mecánicamente con leyes fatales y necesarias porque su ubicación en el espacio tiempo la hace sufrir la acción de la intensidad, del número y de la casualidad. Es tan distinta la actividad de la materia y del espíritu, que la reacción cerebral no es siquiera una sensación.

Antes de seguir adelante, es preciso recordar que para Bergson existen dos memorias: de Repetición y de Representación.

La memoria de Repetición está íntimamente unida al cuerpo, es un mecanismo motor, ubicado en el espacio-tiempo, que se forma por la repetición continua de los mismos actos y que nada tiene que ver con el espíritu. Constituye lo que en lengua corriente se denomina hábito.

La memoria de Representación, es el privilegio del espíritu que puede recordar su pasado. Se identifica con la conciencia de que hemos hablado anteriormente y de la que seguiré ocupándome. Se identifica con la duración real.

Es aquí, precisamente, en donde puede verse en toda su grandeza el genio cumbre francés, combatiendo la psico-física y las teorías materialistas asociacionistas de Taine y Stuart Mill. Para probar que el pensamiento no es producido por el cerebro sino que por el espíritu; que la vida no es el resultado del choque de las moléculas en ángulo determinado, como pretendió Buchner, el apóstol de la presunción y la falsedad en el siglo pasado, sino que es producida por un principio vital inmanente, y, finalmente, que las acciones del hombre no están predestinadas, sino que, por el contrario, son completamente libres, como que la libertad forma parte de la esencia del espíritu. En su noble fin de restaurar el espíritu, la vida y la libertad, ha caído en innumerables errores; porque la verdad es inmutable, y todo el que abandona la filosofía eterna caerá fuera de ella, pese a lo grande que sea su idealismo y a lo noble que sean sus propósitos.

Seguiremos adelante, estudiando esta parte fundamental de la filosofía bergsoniana.

Ya hemos dicho, que el espíritu es idéntico con la duración o sea con el “fluir y compenetración de cualidades. Es por lo tanto ajeno al espacio”.

“Nuestra conciencia está siempre henchida de cualidades cambiantes. Produce continuamente innumerables, infi-

nitás diferencias cualitativas, entrelazadas y encadenadas una a otras”.

El yo se convierte constantemente en otro distinto; pero conserva las acciones pasadas y actúa incesantemente en el presente y aún en el futuro. Pero es preciso repetir que la esencia del alma o del yo, es la duración concreta, real y heterogénea; el yo está sometido al devenir eterno, no en el tiempo estático y homogéneo en que se desenvuelve la materia inerte, sino que en el tiempo dinámico y heterogéneo de la vida.

Siendo la duración heterogénea, la esencia del alma, es necesario saber qué entiende por duración el filósofo francés.

El tiempo de la mecánica, no dura, no expresa más que “relaciones estáticas entre simultaneidades”; para el hombre de ciencia “la hora no es un intervalo, sino una coincidencia, un alineamiento instantáneo y el tiempo se resuelve en un polvillo de inmovilidades como en esos relojes neumáticos cuya aguja avanza por sacudidas, no marcando sino una sucesión de reposo”. (Le Roy: “Bergson”, Pág. 1657).

La inteligencia humana con su tétrica presencia ha petrificado el tiempo, lo ha falseado, porque es útil para ella detenerlo en su veloz carrera, traduciéndolo en una serie de puntos inmóviles sobre el espacio. En una palabra es una concepción especial del tiempo; un tiempo completamente homogéneo.

En la psicología es inaceptable esta falsa concepción del tiempo porque sus fenómenos son irreversibles, y según la propia frase de Bergson: “no se pueden prolongar ni acortar a voluntad”. (“Evolución creadora”; Pág. 10).

Pero definir la duración real, es sumamente difícil; copio a continuación la forma en que la describe Le Roy, el más grande de los discípulos de Bergson:

La duración es una evolución metódica de momentos, cada uno de los cuales contiene la resonancia de los precedentes y anuncia el que va a seguir; es un enriquecimiento que no se detiene nunca y una perpetua aparición de novedad; es un devenir indivisible, cualitativo, orgánico, extraño al espacio, refractario al número. Evocad la imagen de una corriente de conciencia que atravesara una continuidad espectral tiñéndose alternativamente de cada uno de los matices. O más bien, imaginad una sinfonía que tuviera sentimiento de sí misma y fuera creadora de sí: he aquí cómo conviene concebir la duración.

Las frases precedentes, dan a conocer confusamente lo que es la duración; y resumiendo podríamos decir que, mientras el tiempo homogéneo se desarrolla en línea recta, el heterogéneo lo hace en una línea zigzageante, con miles y mi-

les de cambios y alternativas, pero no separados en forma de puntos sucesivos, sino que perfectamente unidos y en una continuidad ininterrumpida y perfecta; no es tiempo formado por la agregación de segundos que forman minutos, y minutos que forman horas, sino que, careciendo de unidades, es imposible de medir cuantitativamente, sí sólo cualitativamente.

Pues bien, siendo la conciencia sólo duración real, y siendo la duración, el tiempo sin unidades, las que sólo son propias del espacio, o del tiempo-espacio de la física, resulta que la conciencia carece de cantidad, de número y de causalidad. Con ello quiere probar la falsedad del materialismo y de la psicofísica, pero sobre todo la libertad humana, el problema más grande de su filosofía.

Prueba que está libre de la cantidad diciendo, que si los estados de conciencia fueran mensurables, se compondrían de partes contenidas en un todo, como la materia; porque es absurdo creer, por ejemplo, que un amor es más grande que otro porque se compone de mayor número de amorcitos; como quien dice que un trozo de metal es más grande que otro porque contiene mayor número de moléculas. Los materialistas psico-físicos del siglo XIX se equivocaron, tomando por diferencia de cantidad lo que es solo diferencia de cualidad, y colocando en el espacio lo que sólo está en el tiempo.

Critica enseguida a la escuela asociacionista materialista de Taine y Stuart Mill, que considera al espíritu como una multitud de estados de conciencia, como unidades distintas y separables, diciendo que los estados de conciencia carecen de número. Es de advertir sí, que para Bergson, a la inversa de Kant, "no hay número sino en lo co-existente, y, por lo tanto en lo simultáneo y especial". Para Kant el número está sólo en el tiempo; ya que es la síntesis de lo sucesivo y no de lo simultáneo.

De acuerdo con lo anterior en la conciencia no hay número de estados, como pretenden Taine y Stuart Mill, porque para que así fuera en un momento dado debieran coexistir varios estados; y para ello se necesitaría espacio, lo que es absurdo. Por lo demás nuestra Intuición o percepción interna nos demuestran que cuando ha aparecido un estado ya ha desaparecido el otro y así sucesivamente. De tal modo que la multiplicidad es sólo cualitativa y no cuantitativa.

La libertad humana

La libertad humana se desprende lógicamente de las argumentaciones anteriores.

Las escuelas panteístas y materialistas del siglo XIX ha-

bían erigido en dogma de fe el determinismo en todas las acciones humanas. Había una ley fatal que para los panteístas era la evolución divina y para los materilistas las leyes del universo, que arrastraban necesariamente al hombre al abismo, sin que los esfuerzos desesperados sirvieran de nada para librarse del golpe del destino. Se caía rendido y agobiado por el peso de la fuerza como el roble gigante y orgulloso caía ante el paso de las tempestades.

Es imposible pintar el estado en que se sumergió a la humanidad con semejantes teorías durante el Siglo XIX, sólo Schopenhauer pudo sintetizarlo en forma no igualada en su escuela panteísta-pesimista, que levanta como Dios a la voluntad y que sumerge al mundo en el pesimismo más atroz y en la desesperación impotente del que no alcanzará jamás la felicidad esperada.

Era preciso salvarse del caos y de la locura de rebelión, de rabia, de tristeza y de desesperación en que se caería dentro de poco.

Es a Bergson a quien cabe íntegro semejante honor; no sólo se salvó a sí mismo sino que salvó a la humanidad y a la civilización colocando muy en alto y como punto último de su filosofía, la libertad.

Pero aquí como en otras partes su acierto ha sido muy útil en el momento que lo empleó, pero tiene graves errores, si se quisiera seguir con su método y con sus conclusiones en el futuro.

A primera vista, el devenir necesario del yo nos lleva directamente al determinismo; pero Bergson volviendo a lo que ya ha explicado, dice que sólo la concepción especial que nosotros introducimos en todo nos lleva a semejante resultado, y que es esa precisamente la base de todas las teorías deterministas.

Pero para librarse de semejante ilusión se debe tener presente la noción de duración en el tiempo solo, de que ya he hablado.

También, y a fin de evitar confusiones, debo dejar establecido que la libertad bergsoniana no se identifica con la libertad de la filosofía eterna.

Para Santo Tomás, la libertad es atributo de la voluntad.

La voluntad es la facultad del alma humana por medio de la cual ama necesariamente el bien último y universal y libremente los bienes particulares, para alcanzar aquél; y la libertad es el atributo de la voluntad mediante la cual el hombre puede poner o no poner en igualdad de condiciones, acciones libres y contradictorias pudiendo suspender la acción una vez empezada o concluir la completamente.

El libre albedrío es la igual posibilidad de los dos contrarios.

Bergson al hablar de la libertad se expresa así: “la palabra libertad tiene para mí un sentido intermedio entre los que acostumbra a darse a los dos términos de libertad y libre albedrío:

“De un lado, yo creo que la libertad consiste en ser completamente uno mismo, en obrar de conformidad consigo mismo; esto sería pues, hasta cierto punto, la libertad moral de los filósofos, la independencia de la persona frente a todo lo que no es ella. Pero no se trata exactamente de esta libertad, ya que la independencia que yo describo no tiene siempre un carácter moral. Además no consiste en depender de sí, como un efecto depende de la causa que necesariamente lo determina. Por ahí volvería al sentido del libre albedrío. Sin embargo tampoco acepto este sentido completamente, ya que el libre albedrío, en el sentido habitual del término, implica la igual posibilidad de los dos contrarios, y no es posible, según mi opinión, formular ni siquiera concebir aquí la tesis de la igual posibilidad de los dos contrarios, sin engañarse gravemente sobre la naturaleza del tiempo.

“Podría, por tanto, decir que el objeto de mi tesis, sobre este punto particular, ha sido precisamente hallar una posición intermedia entre la libertad moral y el libre albedrío. La libertad tal como yo la entiendo está situada entre dos términos, pero no a igual distancia de uno y de otro. Si fuese absolutamente preciso confundirla con uno de los dos, yo optaría por el libre albedrío”. (Le Roy: “Bergson”, Pág. 168).

Desde otro punto de vista que no fuera la intuición, “el acto aparece necesariamente, ya como la resultante de una composición mecánica de elementos, ya como una incomprensible creación ex nihilo”, lo que es a todas luces un absurdo ya que el esfuerzo que se exige para sacar algo de la nada es infinito y las fuerzas del hombre son finitas e incapaces por lo tanto de crear nada.

Las escuelas deterministas se dividen en fisiológicas y psíquicas; según las primeras, los actos son determinados por la fisiología cerebral y según los otros unos estados de conciencia son determinados por otros; ambos caen en un error, porque llevan el espacio a fenómenos del tiempo someten los estados psíquicos a las leyes de la casualidad, de la física, en razón de que siendo inextensos no pueden someterse a la causalidad. Por lo demás para que la causalidad pueda efectuarse son precisas unidades substanciales independientes que obran la una sobre la otra, produciendo el efecto, unidades que como ya lo probamos no existen en los estados mentales; por lo tanto no rige en ella la ley de la causalidad, que lleva al determinismo. “Es

sólo una figura retórica, el decir que una pasión o un deseo determinan la acción. La pasión y el deseo no son unidades activas sino sólo momentos, aspectos del estado total del sujeto. Por lo tanto, lo único que podemos decir es que el estado del sujeto ha dado lugar a la acción, ha terminado en la acción”.

Los estados mentales son imprevisibles, indeterminados porque en ellos además de no existir la causalidad, por no haber número ni espacio, son esencialmente durables y no se puede substituir el tiempo, por la simultaneidad de coexistencia como lo hace la ciencia para predecir el futuro. Y cuando los hombres predicen su futuro de acuerdo con determinadas condiciones del ambiente no hacen otra cosa que aplicar el pasado al futuro; pero de ninguna manera aplican leyes inmutables al espíritu.

Resumiendo: la psicología bergsoniana, admite la existencia de la materia y del espíritu; que éste se confunde casi con la conciencia, y la conciencia es memoria, o sea prolongación del pasado en el presente. El espíritu no es substancia; no está sometido ni a la existensión, ni al número, ni a la causalidad, y por último sus acciones son espontáneas y completamente libres: “El cerebro es para él un órgano de pantomina y de pantomina solamente; su papel consiste en mirar la vida del espíritu... La actividad cerebral es a la actividad mental lo que la batuta del director a la sinfonía”. Bergson es un vitalista eminente, para quien, el espíritu es la evolución creadora, el élan vital, que organiza y trata de absorber la materia y al Universo todo para conducirlo en su fluir eterno a las regiones misteriosas de lo ignoto y de lo desconocido.

Bergson representa la reacción más audaz al materialismo psicológico del siglo XIX; y si es cierto como ya lo he dicho que su sistema está plagado de errores, no es menos cierto que ha dado el punto de partida a la reacción espiritual verdadera más formidable de la historia, y que encabezada por Jaques Maritain arrollará a su paso todo lo bajo y lo perverso para volver a los días felices y ya lejanos en que el mundo teniendo en su centro a Santo Tomás de Aquino navegaba con la bandera del cristianismo al tope, mostrando como un sol irradiante de luz en medio de la tempestad la belleza, la grandeza, la bondad y la sabiduría infinitas e inconmesurables de Dios.

Crítica de la psicología Bergsoniana

La psicología es el resultado inevitable y necesario de su método de conocimientos y de su metafísica. Ya he dicho que la Intuición bergsoniana se acerca demasiado al conocimiento sensual, que no pasa más allá del mundo relativo de los fenómenos y es por eso que Bergson, al tratar de crear una metafísica, ha

caído en un relativismo completamente antimetafísico. Insisto al criticar la Intuición como método de conocimiento, que sólo hablo de la Intuición Bergsoniana porque la Intuición intelectual que percibe rápidamente la verdad, en lo más profundo de las cosas y que comprende las relaciones entre ellas y su creador casi espontáneamente, ha sido el método corriente de los genios, como que en ella reside su característica esencial y la diferencia con el talento que también llega a la verdad pero lentamente, por medio del silogismo o método discursivo.

Pues bien, Bergson al hacer su introspección, sólo ha observado los cambios fenoménicos y accidentales del yo, que verdaderamente están en el tiempo; porque estos cambios son movimientos y el tiempo en último extremo, y abstracción hecha de nuestro modo subjetivo de considerarlo, se identifica con la mutación, con el movimiento. Y nosotros estamos en el tiempo porque tenemos pasado, presente y futuro, porque adquirimos incesantemente nuevas realidades que antes no teníamos, nos movemos hacia la perfección, hacia Dios. He aquí una de las razones por qué Dios no es temporal sino eterno; basta darse cuenta que si es perfecto es porque no hay ninguna realidad fuera de él que deba adquirir, es porque en su ser simplísimo en el cual se identifican la esencia con la existencia existen en cantidad infinita todas las perfecciones. Identificándose las unas con las otras, cualidades que sólo la imperfección de nuestra razón nos hace concebir separadas, y siendo perfecto, es inmutable, o sea, no puede ganar ni perder nada, porque lo tiene todo; y si es inmutable no está en el tiempo sino que en la eternidad, que es la duración indefinida del ser, que es el eterno presente. La palabra duración indica en este caso un concepto estático, lo contrario de la concepción bergsoniana, esencialmente dinámica.

Volviendo atrás, he dicho que Bergson, sólo observó los fenómenos de su alma, pero no su alma misma; de ser así habría reconocido que en medio del cambio incesante, hay algo que permanece sin cambio, desde el principio hasta el fin de la vida, hay un yo que fué, es y será el mismo ayer, hoy y mañana y es precisamente esa permanencia del yo en medio del incesante movimiento accidental, lo que nos lleva rectamente a concluir que el alma, no es una mera asociación de estados mentales estáticos, como pretendieron los materialistas, ni dinámico, como quiso Bergson, sino que una substancia de la cual educen los pensamientos, como del tronco del árbol las ramas y las flores a quienes el viento muéve incesantemente en su rondar eterno. Porque una cosa es el pensamiento que cambia y otra el yo que piensa.

Que esta substancia es simple, lo prueba la unidad del yo en todos sus actos, y, finalmente que es espiritual, lo prueba el hecho de que sea simple y no conste por consiguiente de partes que son esenciales a la materia, y porque si constara de partes cada una pensaría como le diera la real gana, de tal modo que simultáneamente tendríamos varios pensamientos, lo que es absurdo; también prueba la espiritualidad, la universalidad y abstracción del pensamiento que no podría ser producido por una substancia concreta y singular como la materia, de acuerdo con el viejo axioma que dice: Nunca el efecto puede ser superior a la causa porque nadie puede dar lo que no tiene; y finalmente el hombre es atraído hacia el bien último universal e inmaterial; se embriaga en su contemplación amorosa, empleando todos los actos de su vida, todos sus bienes particulares para glorificarlo y alcanzarlo; como hay otro axioma que dice: toda cosa se deleita con lo que le es semejante; es necesario que el yo sea espiritual.

Si estoy de acuerdo con Bergson que la esencia del alma como conjunto ininterrumpido de fenómenos psíquicos es la duración real, debo declarar aquí, como verdad infalible, que la esencia del alma como forma substancial del yo verdadero es el espíritu.

Sería largo entrar a explicar aquí cómo los grandes psicólogos contemporáneos, apoyados en los últimos adelantos de la fisiología cerebral, han sido impotentes para demostrar la producción de los fenómenos psíquicos por el cerebro puro y decepcionados han optado por las teorías de la filosofía eterna que enseña que los fenómenos anímicos son producidos por el cuerpo y el alma, ya que ambos elementos constituyen el yo humano; haciendo el uno el papel de materia prima y el otro, el de forma substancial racional.

En cuanto a la libertad bergsoniana, diremos que ha sido un mero sueño del ilustre pensador; no se concibe libertad en algo que fluye incesante y fatalmente; dice Bergson que el yo, apesar de todo, es libre porque, no siendo espaciales los actos de la conciencia, no están sometidos a la causalidad. Hay que confesar que el argumento es sumamente ingenioso pero siempre tenemos derecho a preguntarnos si el yo son esos fenómenos que están cambiando momento a momento; si el yo se está haciendo junto con el estado de conciencia sin ser distinto de ella, sino que por el contrario identificándose ¿quién es el libre?, ¿no es la vida, por si acaso, algo ciego como la misma ley del destino?

Y para defender la libertad, afirma que el alma no es substancia, porque si así fuera sería extensa y ocuparía espacio, quedando sometida entonces a la causalidad y al determinismo.

Ignora el filósofo intuicionista que la extensión no es cualidad necesaria de la substancia, porque substancia es todo lo que existe en sí y no en otro por inherencia; pues bien, el espíritu es substancia porque existe en sí y no en otro por inherencia y, sin embargo, no es extenso ni ocupa espacio. Sólo la substancia material, cuya esencia es la colocación de partes fuera de partes, teniendo por lo tanto extensión, ocupa espacio.

De tal modo que la substancia espiritual no ocupa espacio y con ella Bergson pudo haber salvado íntegra su teoría de la duración sólo en el tiempo sin caer en el relativismo y superficialidad atroz en que ha concluido.

Pero aún es más; ha dicho que las causas que no ocupan espacios no pueden obrar produciendo efectos, lo que es absurdo porque causa, y en este caso hablamos de causa eficiente, es un principio que contiene en sí la razón suficiente del paso de una cosa del no ser al ser; y principio es todo aquello de lo cual procede una cosa; de tal modo que en ninguno de los dos conceptos va envuelta la idea de extensión y espacio; además que no vemos por qué la causalidad deba ser espacial.

Como se ve, la libertad bergsoniana no resiste el más leve análisis; no es a él precisamente a quién corresponde la gloria de haber expuesto o defendido la teoría que hace varios siglos lanzaron al mundo, primero los Padres (de la Iglesia con San Agustín a la cabeza y después los grandes escolásticos siguiendo a Santo Tomás.

Como Bergson dice de paso que la libertad humana en la forma en que la ha concebido la filosofía eterna significa una incomprendible creación ex-nihilo, se hace necesario responderle exponiendo en resumen la concepción escolástica de la libertad.

Solución del problema de la Libertad. Molinismo y Tomismo

Ya he dicho anteriormente qué entendía la escolástica por libertad. Esta libertad puede ser de tres clases: 1.º De contradicción o acción, o sea libertad de obrar o no obrar; 2.º De especificación u opción, que se refiere a la facultad de elegir el objeto que más le place a la voluntad, y 3.º libertad moral para escoger el bien o el mal moral en relación con su fin supremo.

Que el hombre es libre lo prueban:

I.—El testimonio de conciencia. La conciencia me atestigua que hay actos que dependen de mi exclusiva voluntad, que puedo quererlos o no quererlos en igualdad de condicio-

nes, ejercitando muchas veces acciones que van contra nuestro deber y contra nuestro propio bien.

II.—La consecuencia del sentimiento de libertad. Sabemos que los actos que hacemos, cuando obramos sin coerción externa, nos son completamente imputables, de tal modo que nos alabamos cuando hemos dado un buen paso o hemos ejecutado una buena obra, en tanto que nos arrepentimos y nos sometemos al suplicio del remordimiento en caso contrario. Si fuéramos necesariamente determinados a obrar, sería absurdo alegrarse por un mérito que nos nos pertenece, ni entristecerse por algo de que no somos culpables. Por lo demás la existencia de la justicia de las penas y homenajes, proviene de la persuasión de que el mismo hombre es autor de sus actos y por lo tanto libre.

Los propios deterministas, negándolo en la teoría lo han afirmado rotundamente en la práctica.

III.—Argumento intrínseco, basado en la relación del entendimiento con la voluntad. El acto de voluntad va precedido de otro por el cual el entendimiento juzga que un acto o un objeto es un bien relativo, lleno de defectos e imperfecciones; el entendimiento lo estudia y se lo entrega a la voluntad la cual después de todo puede quererlo o no quererlo, obrando a favor o en contra del entendimiento. Así, por ejemplo, el entendimiento nos muestra como perjudiciales las pasiones desenfrenadas, pero la voluntad se reserva el derecho de determinarse por las pasiones o en contra de las pasiones.

El doble aspecto de los objetos, uno bueno y otro defectuoso, da la razón subjetiva de la determinación inherente a nuestros actos libres.

En resumen, nuestro entendimiento nos muestra los objetos como bienes relativos y nuestra voluntad sin coacción alguna los acepta o los rechaza.

Este argumento es irrefutable, y ha sido la piedra donde han chocado furiosas las diatribas y los sarcasmos de los materialistas impotentes para destruirlo por el recto camino de la razón. Pero Bergson ha dicho que la libertad en esta forma considerada, significaría que el hombre tiene poder para sacar las cosas de la nada.

Dos palabras sobre el Molinismo y el Tomismo para dejar estos hechos en claro.

Si en la libertad humana, en la forma probada más arriba, no tuviera ninguna intervención el Ser supremo, el eminente intuicionista francés, tendría toda la razón. Pero las cosas no pasan en forma tan sencilla. Trataré de explicarme.

La dependencia esencial que todo ser finito tiene de Dios lleva consigo la necesidad y existencia de una influencia fi-

sica, real y positiva de Dios sobre toda y cada una de las criaturas, tanto por parte de su ser, como por parte de sus operaciones y efectos.

Dios crea las criaturas y las conserva, conservación que no es más que una creación continuada; y además influye en ellas consideradas como causas segundas; eficientes porque como primer motor contiene la razón suficiente de la causalidad eficiente de las criaturas y por consiguiente de su acción; luego se debe admitir la existencia de un influjo real y positivo de Dios con respecto a esas criaturas. Todos los escolásticos se muestran conformes con esta deducción lógica; pero el desacuerdo empieza cuando se trata de determinar el modo como obra Dios para que las causas segundas y sobre todo las libres produzcan sus efectos. Dos escuelas se disputan el predominio.

Los Molinistas, para quienes Dios obra simultáneamente con el hombre cuando este ya se ha determinado; de tal modo que el efecto es el resultado de la acción de ambos; ya que el paso de una cosa del no ser exige un esfuerzo infinito, que no lo posee al hombre cuyas fuerzas son en extremo limitadas. Esto es lo que se ha llamado la correlación simultánea.

De tal modo que, según Molina, el hombre se determina libremente a la acción con independencia de Dios, el cual sólo participa una vez que esta se ha puesto en acto, de tal modo que sólo obra sobre el término pero no sobre el principio.

El Molinismo es insuficiente para salvar la causalidad universal y primera de Dios sobre las causas finitas, toda vez que hay algo que empezó a existir sin intervenir Dios.

Por lo demás, toda determinación es un paso de la potencia al acto, lo que exige la acción previa de un ser que ya esté en acto con respecto a esa determinación. Decir lo contrario es faltar a la lógica y caer en absurdo y contradicción.

La pretendida ciencia media de los Molinistas agrava más aun el problema, dejando a Dios determinado por el hombre.

Los tomistas están de acuerdo también con los Molinistas en el concurso simultáneo; pero mientras los segundos prefieren salvaguardar los derechos del hombre y colocarlos sobre los de Dios, los primeros salvan ambos derechos.

Los tomistas sostienen que nada puede pasar de la potencia al acto, sin que obre un ser previamente en acto, y, por consiguiente, que el hombre, al moverse de la potencia de obrar al acto de obrar, necesita necesariamente de la ayuda de Dios, acto primero y universal.

Molina da como base de su teoría la necesidad de mante-

ner la libertad humana, seriamente amagada por Santo Tomás.

Se equivoca, al mismo tiempo que parece olvidar que Dios es infinitamente todopoderoso.

Santo Tomás ha dicho: "En el libre albedrío de tal manera habla Dios que además de darle la virtud para obrar, obrando Dios, obra también el libre albedrío".

"Dios posee, eficacia de causalidad infinita y universalísima que se extiende a la substancia del acto voluntario y a su modo que es la libertad; porque penetra hasta lo más íntimo de la operación de la voluntad humana".

Antes de terminar, debo recordar, que nuestro conocimiento de Dios es analógico y no unívoco, porque estamos en distinto plano. Mientras él es infinito y perfecto, profundamente sabio y poderoso, nosotros somos débiles, finitos e imperfectos; de tal modo que pretender conocer cómo salva Dios su premoción con la libertad humana, dejando de lado el misterio, es absurdo; porque siempre habrá misterio en la relación de lo humano con lo divino; si así no fuera, nuestro entendimiento y el de Dios se identificarían.

De tal modo, que nuestra ignorancia de la manera como obra la premoción no nos dá derecho para negarla; como que la ignorancia que reina hoy sobre la forma en que obren las posibles causas del cáncer, no nos dá derecho para deducir que el cáncer no tenga causa.

En resumen, el tomismo, colocándose en el verdadero camino, afirma por un lado que Dios mueve al hombre a la acción y por el otro lado, que el hombre es libre para determinarse en la forma que mejor le parezca. Son los dos extremos de la cadena; y los eslabones intermediarios son el misterio impenetrable de la unión del hombre con su creador.

La Escolástica, Filosofía eterna

Fácil será darse cuenta por la crítica que he hecho a la filosofía bergsoniana que un sistema fundado en una edad en que la ciencia no existía y que ha logrado recorrer incólume, siempre confirmada, constantemente combatida, jamás rechazada, mil años, se ha hecho acreedora al calificativo de Filosofía eterna.

Hoy como ayer, representa la verdad única y última dentro del campo del pensamiento humano.

Alrededor de ella, para defenderla o para destruirla, se han colocado todos los pensadores y genios del Universo.

Ante ella, se descubrieron: Descartes, Fenelón, Leibnitz, Kant, Shelling y Hegel.

Por ella, entre muchos se ha convertido al catolicismo el hombre más profundo del siglo XX: Jacques Maritain.

Y hoy con él a la cabeza como en los tiempos de Santo Tomás de Aquino, de San Buenaventura, de San Alberto Magno, de Duns Scoto, de Rogelio Bacón, de Hugo y Ricardo de San Víctor, de Suárez y de Juan de Santo Tomás, marcha adelante, siempre adelante, orgullosa de su pasado y de su presente, segura de su futuro.

Una filosofía contra la cual la ciencia materialista, el racionalismo panteísta y el empirismo excéptico nada han podido durante diez siglos, cuando tantos sistemas filosóficos han nacido para morir luego, merece con justicia el dictado de Filosofía Eterna.

Desde lo alto de su torre de granito, escruta tranquilamente el horizonte; ve pasar serena a los hombres y a los siglos, segura de que siendo la verdad es inmutable, y nada debe temer; las tormentas de la vida pasan a su lado, la miran y continúan desvantando sin hacerle nada, absolutamente nada.

Una filosofía que no cambia y a quien la ciencia en su portentoso adelanto no desmiente, está necesariamente por fuera del tiempo y por sobre los hombres: pertenece a la eternidad.

El mejor tónico cerebral

F i t o s a n

del Instituto Sanitas.

A base de fósforo, calcio y magnesio.

La Muerte de Abel

Cuando el hijo que cuidaba rebaños fué muerto por el que trabajaba la tierra, algo nuevo e inexorable se abatió sobre el mundo. Una cósmica tristeza, un luto de nubes densamente plomadas tiñó el cielo; y en la tierra, la sombra de las nubes extendíase más lívidamente que la mancha de sangre que había quedado en el monte. De súbito la soledad tuvo doloroso sentido; ahora era el abandono, la separación, la huida; y una sensación de vacío, de ausencia, turbaba hasta la inmutable serenidad de los árboles y de las montañas.

Adán no quiso ver a sus hijos después de la tragedia. El que trabajaba la tierra se había marchado hacia lugares desconocidos; pero el cuerpo del otro quedó allí, en la soledad, apegado al suelo materno, como besándolo, e inmóvil, como tronco de árbol desgajado por el huracán; Adán vió el cuerpo tendido. En un principio, la muerte no le pareció tan terriblemente implacable. Pensó en la paz del sueño, en esa tranquilidad que invade el alma momentos antes de que aparezca la aurora. Aquello que rodeaba el cuerpo del hijo era una paz más definitiva aún, la paz de las cosas inmóviles.

Sus ojos, todavía abiertos, miraban hacia arriba. Apenas se alcanzaban a divisar dos medias pupilas, tal como dos lunas negras en cuarto menguante. Pero las miradas de esas medias pupilas no veían ya las cosas de esta tierra. Perdidas en una lejanía interior, en una soledad sin horizontes, inmovilizadas, tenían más expresión que cuando se apoyaban en el mundo, y no se ahondaba en ellas ningún terror de lugares desconocidos. Adán vió esas pupilas y tuvo la seguridad de que el hijo no sufría y de que quizás era más feliz que el que se había fugado. Pero vió también el arroyo de sangre seca que le manchaba el rostro y entonces algo dentro de él empezó a rebelarse, y sin querer se estuvo sollozando largo rato.

A pesar de todo, la muerte no era tan terriblemente implacable. Algo en ella hablaba de paz y otro algo de esperanza. Recordaba Adán el horror de la primera vida nacida de mujer, ese revolcarse del cuerpo extrangulado de angustia, esos gemidos de la mujer que llenaban el silencio de la noche solitaria como los aullidos de los lobos; atribulada angustia de espera desesperada. Y después, el llanto del niño recién nacido, nota quejumbrosa, repetida, que se le hincaba en la carne cansada como espina infinita. ¡Ah, sin duda el horror de la muerte cumplida no podía compararse con el de la vida naciente!...

Entonces, ¿por qué esa inquietud que no tenía objeto, delante del cuerpo sin vida del hijo? ¿Acaso porque el hijo había conseguido la paz infinita él no podría ser feliz? ¿Acaso el mundo era más espantoso ahora que, para alguien, el sufrimiento había cesado? Adán no alcanzaba a comprender qué cosa era la muerte, y no sabía si desearla con un deseo ilimitado o si temerla como al mal sin esperanzas. Sentía que la soledad del mundo tenía una escapatoria; pero adivinaba también que, para los que seguían viviendo, esa escapatoria era una soledad más inmensa, un vacío sin apelación. Además, algo en esas pupilas

muertas le recordaba el terror de la noche; y algo en esa mancha de sangre, el odio del enemigo implacable.

Bajó del monte. La paz se quedó con el cuerpo tendido y tan sólo la inquietud se volvió con su alma atribulada. Quizás se acercaba la noche y amarga sombre iba borrando los contornos de los árboles y de las montañas. Quizás el viento, detenido por una mano de silencio, ahondaba la desolación del paisaje. Y quizás, antes de que la noche total cayera sobre el mundo, horrible mancha de sangre, como el arroyo seco sobre el rostro del hijo muerto, arreboló las nubes del crepúsculo.

En verdad, la muerte no era una cosa tan implacable.

Pero pasaron los días. Los buitres — aquellas aves que miraban torvamente y tenían garras y pico fuerte y curvo como medias lunas de piedras — dibujaron su prehistórica geometría en el cielo sobre el cadáver del hijo que cuidaba rebaños. Vinieron las fieras y estuvieron varias noches repartiéndose el botín sangriento. Luego los gusanos se comieron poco a poco el cerebro hasta que el cráneo fué una pequeña bóveda blanca con dos agujeros que miraban al cielo. Después el montón de huesos roídos ya no tenía forma humana. Estaban allí, acusadores, y no eran nada más que polvo de la tierra o flor nauseabunda.

Y entonces, cuando Adán vió lo que quedaba de lo que había sido su hijo, un horror comparable sólo al de la primera noche que pasó fuera del paraíso, le turbó el espíritu amargado. La paz de la muerte ya no era una paz, era una podredumbre. El hedor que exhalaba el cadáver del hijo, el macabro espectáculo de los pocos pedazos de carne sanguinolenta aun pegada a los huesos, las cuencas de los ojos vacíos, la mandíbula inferior caída al lado del cráneo como una cosa inútil... Y arriba los buitres daban vueltas enloquecidos o felices.

Adán sintió que aquello que, cuando vió al hijo recién muerto, había comenzado a romperse dentro de su espíritu, lo mismo que una fruta podrida se rompía ahora. Era el horror de la desolación que subía a la superficie de su alma, y giraba allí, encima de su corazón cansado, como un buitre impaciente. Adán sabía que aquello que había sucedido con el hijo que cuidaba rebaños, sucedería con todos los hombres; con él mismo, con el hijo que había huido, con la mujer y todas las mujeres. Era este el tremendo castigo; la angustia de la paz, del silencio, de la noche y de todas esas cosas que son como vacíos del mundo.

La muerte había dicho su primera palabra. De nada valía cualquier gesto de protesta. Había que aceptar lo sucedido sin rebeldías y desanudar el nudo de desesperanzas que le envolvía el corazón. Tal era el orden de las cosas desordenadas, la ley suprema de la humanidad caída. Someterse a ella constituía quizás la sabiduría más excelsa. Y sin embargo, Adán no se resignaba a someterse. Vefía a su alrededor la vida de los animales y de los árboles y la serena inmutabilidad de las piedras. Dentro de sí mismo bullían fuerzas e inquietudes, y se entremezclaban sus angustias como las hojas de un matorral. No, no podía resignarse a ser un montón de polvo que se derrama. Y nunca, como en aquella hora, sintió con mayor intensidad la inenarrable nostalgia del paraíso perdido.

Alberto Cruchaga Ossa

Asesor Jurídico del Ministerio
Relaciones Exteriores

Raíces Bíblicas de la Vida Internacional Moderna

II

(Conclusión)

El historiador alemán Dr. Flathe, catedrático de Meissen, describe en los siguientes términos el cuadro que presentaba la vida internacional a la caída de Napoleón en 1815:

“Acababa de verificarse, a consecuencias de la revolución francesa y de las guerras que engendró, un cambio como no se había visto otro igualmente general y trascendental en Europa desde la invasión de los bárbaros.

De la embocadura del Tajo hasta el Volga y del Estrecho de Mesina hasta el confín septentrional de Escandinavia había quedado conmovido en sus cimientos el estado político de Europa; había caído deshecho lo que habían creado los siglos, lo que por la edad y la tradición se creyó indestructible.

Una serie no interrumpida de guerras cada vez mayores había cambiado el centro de gravedad política en Europa, borrado las fronteras naturales, señalado nuevos derroteros y dado un aspecto nuevo a las relaciones internacionales pacíficas de los pueblos”.

Como expresa el profesor alemán, se encontraba la humanidad en 1815 ante una de aquellas situaciones en que busca por instintiva necesidad un guía seguro que la oriente y le proporcione y garantice la paz.

No faltaron en ese grave momento de la historia quienes recordaran lo que Balmes escribiría años después: “¿queréis seguras, breves, universales fórmulas para resolver los grandes problemas de la historia de la humanidad? Leed la narración del inspirado por Dios, escuchad al hombre sublime a

quien fué concedido hablar con Jehová en la cumbre del Sinaí”.

Después de firmar los tratados de paz, de arreglo de fronteras, de liquidación de obligaciones y demás que resolverían las cuestiones pendientes entre los Estados de Europa, tres de los más poderosos soberanos del Continente, los Emperadores de Austria y Rusia y el rey de Prusia, suscribieron en París el 26 de Septiembre de 1815, o sea, hace ciento veinte años, un tratado cuya traducción es la siguiente:

“En nombre de la Santísima e Indivisible Trinidad, Sus Majestades el Emperador de Austria, el Rey de Prusia y el Emperador de todas las Rusias, a consecuencia de los grandes acontecimientos que se han producido en Europa en el curso de los tres últimos años, y principalmente de los beneficios que se ha dignado la Divina Providencia prodigar a los Estados cuyos gobiernos han puesto sólo en ella su confianza y su esperanza; convencidos íntimamente de que es preciso fundar el curso que tomarán las potencias en sus mutuas relaciones sobre las verdades sublimes que nos enseña la eterna religión del Dios Salvador.

Declaran solemnemente que la presente acta no tiene otro objeto que manifestar a la faz del universo su determinación inquebrantable de no tomar por regla de su conducta, tanto en la administración de sus respectivos Estados como en sus relaciones políticas con todos los demás gobiernos, más que los preceptos de esta santa religión, preceptos de Justicia, de caridad y de paz que, lejos de ser únicamente aplicables a la vida privada, deben por el contrario influir directamente sobre las resoluciones de los príncipes y guiar todos sus actos, como que son el único medio de consolidar las instituciones humanas y remediar sus imperfecciones.

En consecuencia, sus Majestades han convenido en los artículos siguientes:

Artículo 1.º.—Conforme a las palabras de las Santas Escrituras que ordenan a todos los hombres mirarse como hermanos, los tres monarcas contratantes permanecerán unidos por los lazos de una fraternidad verdadera e indisoluble y, considerándose como compatriotas, se prestarán en toda ocasión y lugar asistencia, ayuda y socorro; mirándose para con sus súbditos y ejércitos como padres de familia, los dirigirán con el mismo espíritu de fraternidad que están animados para proteger la religión, la paz y la justicia.

Artículo 2.º.—En consecuencia, el único principio en vigor entre dichos gobiernos y sus súbditos será el de servirse recíprocamente, demostrarse por una benevolencia inalterable

la afección mutua de que deben estar animados, no considerarse todos más que como miembros de una misma nación cristiana sin que así mismos se consideren los tres príncipes aliados más que como delegados por la Providencia para gobernar tres ramas de una misma familia, a saber: Austria, Prusia y Rusia; confesando así que la nación cristiana de que ellos y sus pueblos forman parte no tienen en realidad otro soberano que Aquel a quién sólo pertenece en propiedad el poder, porque en El sólo se encuentran todos los tesoros de amor, ciencia y sabiduría infinita, es decir, Dios, nuestro divino Salvador Jesucristo, el Verbo del Altísimo, — la palabra de vida.— Sus Majestades recomiendan, en consecuencia, con la mayor solicitud a sus pueblos, como único medio de gozar de la paz que nace de la buena conciencia y que es la única durable, fortificarse cada día más en los principios y el ejercicio de los deberes que el Divino Salvador ha enseñado a los hombres.

Artículo 3.º.—Todas las potencias que quieran confesar solemnemente los sagrados principios que han dictado la presente acta y que reconozcan cuán importante es para la felicidad de las naciones, demasiado tiempo agitadas, que estas verdades ejerzan en lo sucesivo sobre los destinos humanos toda la influencia que les corresponde, serán recibidas con tanta satisfacción como afecto en esta Santa Alianza.

Hecho por triplicado y suscrito en París el año de gracia de mil ochocientos quince, el veintiséis de Septiembre. Siguen las firmas y sellos de: **Francisco — Federico Guillermo — Alejandro**".

Como se ve, este tratado internacional, que ha dado nombre a una época de la historia, fué suscrito no por medio de plenipotenciarios como es habitual en los pactos de su género sino por tres monarcas que obraron por sí mismos en ejercicio de sus atribuciones soberanas.

Este detalle ya es de por sí digno de nota porque el hecho, muy raro en las prácticas diplomáticas, de que un tratado sea suscrito por soberanos, según observa el moderno autor francés Basdevant, parece dar a lo firmado "un carácter definitivo que se cree de ordinario preferible evitar" y que en los casos corrientes se quiere sólo alcancen los tratados con su ulterior ratificación.

De los tres soberanos signatarios de la Santa Alianza había un católico, otro cismático y otro protestante, pero ante aquel grupo de soberanos que declaran buscar en la Biblia las luces sobrenaturales que guardan sus venerables páginas, tal-

vez no fuera del todo impropio recordar aquellas palabras del libro de los Reyes: “Jonatás alargó la mano y la mojó en un panal de miel y volvió la mano hacia su boca y se le aclararon los ojos”.

Mucho se ha escrito sobre la sinceridad y verdadera intención con que los tres signatarios de la Santa Alianza pusieron su firma al pie del importante documento.

Del emperador de Rusia hay declaraciones oficiales reiteradas que podrían mirarse como indicios de sinceridad y de que procedía no en servicio de las tradicionales razones de Estado sino con prescindencia de ellas.

“Ha llegado el tiempo — decía el Zar en uno de esos documentos—en que los soberanos europeos deben hacer hablar a sus conciencias y callar a sus Ministros para arreglar la suerte de los pueblos”.

“El asunto es de tal naturaleza — decía en otra ocasión el mismo emperador insistiendo en idéntica idea — que los Ministros no podrían prestarme ayuda alguna”.

El Ministro francés Rayneval veía en la Santa Alianza según escribía al diplomático La Perronnays “ideas y sentimientos que la filosofía aprobaría pero que la política difícilmente puede compartir”.

Más tarde el duque de Richelieu, que según el Dr. Flathe “tenía perfecto conocimiento de las exigencias de la época y el talento y habilidad necesarios para realizar las reformas convenientes dentro de los límites que imponían las circunstancias”, resolvería el ingreso del gobierno francés de Luis XVIII a la Santa Alianza.

Invitado el Papa Pío VII a adherir al mismo convenio internacional, se excusó según anota el ya citado catedrático de Meissen y “contestó que, siendo él, como todos sus predecesores, depositario de la verdad cristiana, no necesitaba ninguna nueva exposición de la misma”.

Inglaterra, por boca del jefe del Gabinete duque de Wellington, se negó a entrar en la Santa Alianza, invocando su derecho público, que exigía para la eficacia de actos de tal género la firma o intervención de un Ministro responsable, sin que fuera para el efecto suficiente por sí sólo, por todo lo respetable que pudiera considerársela, la firma de un rey que, según el viejo aforismo inglés, reina pero no gobierna.

Excusada la firma inglesa por ese escrúpulo jurídico, el Gabinete de Saint James declaró en cambio que los principios de la Santa Alianza eran de su aceptación, y semejante afirmación tuvo apariencias de sincera, porque en el Congreso de Aquisgran celebrado en 1818 los plenipotenciarios ingleses Castlereagh y Wellington pusieron sus firmas junto a las de Metternich y Richelieu al pie de un protocolo de quince de Noviembre de ese año que significaba confirmar y ratificar los principios de la Santa Alianza.

En el preámbulo de ese protocolo se dice que es firmado en servicio de las “miras pacíficas y benévolas que comparten todos los soberanos” y para consolidar así “la tranquilidad general”.

Agrega el mismo protocolo de 1818 que, después de reflexionar detenidamente sobre “los principios conservadores de los grandes intereses que constituyen el orden de cosas restablecido en Europa bajo los auspicios de la Providencia Divina”, los firmantes han reconocido y declarado unánimemente:

Primero.—Que están firmemente decididos a no apartarse, ni en sus relaciones mutuas ni en las que los ligan a los demás Estados, del principio de unión íntima que ha presidido hasta aquí a sus relaciones e intereses comunes, unión hecha más fuerte e indisoluble por los lazos de fraternidad cristiana que los soberanos han constituido entre ellos.

Segundo.—Que esta unión, tanto más real y duradera cuanto que no tiende a ningún interés aislado, a ninguna combinación momentánea, no puede tener por objeto más que el mantenimiento de la paz general fundado en el respeto religioso de los compromisos establecidos en los tratados y de la totalidad de los derechos que de ellos derivan”.

Cuando el Emperador de Austria, que fué uno de los firmantes iniciales de la Santa Alianza, recibió la proposición rusa, el Primer Ministro austriaco Metternich contestó a su colega ruso Nesselrode: “esta noble y gran fraternidad de los soberanos vale más que todos los tratados”.

Metternich es mirado como uno de los genios de la diplomacia y uno de sus más autorizados biógrafos lo considera “sagaz y prudente como pocos, de amabilidad fascinadora, de tacto seguro y trato facilísimo” y además de todo eso “nada escrupuloso”.

Algunas de aquellas cualidades del Primer Ministro austriaco le hicieron, sin duda, mirar como necesario que su soberano no fuera sordo al llamado del emperador ruso, pero talvez sin gran decisión de no poner en ejercicio su reconocida falta de escrúpulos para hacer letra muerta de aquellas elevadas estipulaciones, y aun para tomar posiciones contrarias a las que ellas señalaran, apenas la razón de Estado no perdida de vista lo aconsejara.

En sus Memorias dice y repite Metternich que el pacto de la Santa Alianza “no debía ser a los ojos de su autor el Zar Alejandro, más que una manifestación moral, y que para los otros signatarios ni siquiera tenía esa significación”.

Un diplomático corso en aquel tiempo al servicio de Rusia, Pozzo di Borgo, dijo que “Metternich quería hacer de Austria el planeta al cual sirvieran las demás potencias de satélites”; al servicio de esa idea y no de la de servir los generosos y desinteresados ideales del evangelio hizo que su soberano firmara sin dilación la Santa Alianza, pero Gentz, un confidente del célebre Ministro austriaco, y menos discreto que él, ha escrito que “Metternich cuando hablaba de la Santa Alianza lo hacía mofándose de ella”.

Talvez no fué Metternich el único de los firmantes de aquella alianza que entraron a ella no con intención de darle el escrupuloso cumplimiento de que no era capaz el refinado diplomático austriaco, sino más bien para burlarla y combatirla.

Siempre ha tenido partidarios el sistema de los griegos que creyeron más fácil tomarse a Troya desde adentro que desde afuera.

Dijo San Pablo a los corintios que “un poco de levadura corrompe toda la masa” y ese poco bastaría para que se malograra entera aquella Santa Alianza, puesto que hojear la historia es lo mismo que ver que no llegó a dar los resultados que pudieron esperarse de ella la obra de “los tres magos”, como llamó a la Santa Alianza un estadista contemporáneo de la escuela de Metternich en frase recogida por un reputado escritor de nuestros días, René Pinon.

Los historiadores y publicistas han optado en general por imitar a Metternich, pues cuando hablan de la Santa Alianza es para burlarse de ella.

No puede ser ese motivo suficiente para acatar irreflexivamente ese juicio y dejar de ver lo que hay de interesante y de digno de recuerdo y estudio en un memorable episodio de la historia diplomática.

Es un hecho innegable y significativo que en un momento tan importante y de tan serias responsabilidades para los gobernantes como el de la crisis de 1815, fué la Santa Alianza lo único que en cuanto a principios generales o sistema doctrinario establecieron las potencias, después de arreglar sus cuestiones específicas, como medio de asegurar la anhelada paz entre las naciones.

A aquel pacto, ampliamente abierto como decía su texto, a la adhesión de todos los países, llegaron a incorporarse formalmente y esto ya en 1818, antes de alcanzar tres años de edad cincuenta y un Estados, más o menos la misma cantidad de los Estados que son miembros actuales de la Sociedad de las Naciones, que llegan a cincuenta y cinco, y con la adhesión que los principios de la Santa Alianza encontraban de parte de algunos de los poquísimos Estados europeos no signatarios de ella como la Santa Sede, resulta que del sistema adoptado por el pacto de 1815 derivó un orden de cosas que no por no haber sido duradero deja de ser muy digno de nota.

Incuestionablemente ese sistema fué en los momentos en que se concibió y formuló capaz de satisfacer la ideología predominante de la época y de lograr los fines que con él se persiguieron, pues a raíz del Congreso de Aquisgrán en que, como se ha dicho, fueron confirmados en 1818 y suscritos por Inglaterra los principios de la Santa Alianza, el siempre burlón Metternich decía: "Ahora cada cual puede irse a su casa y entregarse tranquilamente y por mucho tiempo a sus quehaceres; y si se pudiera prohibir a los embajadores referir a sus Gobiernos lo que ven y piensan, resultaría suprimida la única causa de diferencias que todavía queda".

Si aquel largo tiempo de tranquilidad que anunciaba Metternich como fruto de la Santa Alianza no fué tan largo, no hay por qué atribuirlo a maldad del sistema y no a que él sucumbió víctima de los "peligros de falsos hermanos" de que habla San Pablo a los corintios; a que a poco andar las razones de Estado, y entre ellas talvez la acción del diplomático

sagaz y nada escrupuloso, que quería hacer de Austria el planeta y de las demás potencias sus satélites, volvieron a prevalecer y a hacer que la Santa Alianza fuera explotada con fines políticos distantes de su institución y llegara pronto a no tener de Santa más que el nombre.

III

Un comentario del Pacto de la Sociedad de las Naciones que publicó en 1919 el profesor Scelle de la Universidad de Dijón, comienza con estas palabras:

“La guerra universal que durante casi cinco años ensangrentó al mundo ha suscitado en todas partes el ardiente deseo de una paz durable”.

“El conflicto que acaba de terminar aparece ya a nosotros sus contemporáneos, que no podemos todavía dominar todos sus aspectos ni pesar todas sus repercusiones, como el más formidable acontecimiento que haya registrado la historia desde la caída del Imperio Romano”.

“Ante el temor de otra catástrofe análoga el espíritu humano busca apasionadamente las nuevas fórmulas de las relaciones internacionales”.

“Pocas épocas de la historia tienen un carácter de transición tan manifiesto. Sólo el período tormentoso de la revolución y de las guerras napoleónicas puede compararse al nuestro”.

Las aspiraciones de la humanidad que en 1815 buscaron expresión en la Santa Alianza la tuvieron en el grave momento de la historia a que se refiere el profesor francés, en el Pacto de la Sociedad de las Naciones.

En lo que así se discurió en 1919 no todas son de semejanzas con lo que concibieron en París los tres coronados artífices de la Santa Alianza.

La ideología y hasta el lenguaje de los tres soberanos de 1815 no andan tan distantes de las concepciones internacionales que prevalecieron en las negociaciones de 1919, cuyo principal inspirador, el Presidente Wilson, habla en uno de sus famosos catorce puntos en estos términos:

“El trato acordado a Rusia por sus naciones hermanas durante los próximos meses será la piedra de toque que re-

velará la buena voluntad y la comprensión de esas naciones para con las necesidades de Rusia, con abstracción de sus propios intereses y con inteligente simpatía”.

En todo esto salta a la vista lo mismo que dió vida a la Santa Alianza: la necesidad de manifestar la insuficiencia de las normas de derecho para regir las relaciones internacionales en las horas culminantes de la historia humana.

Wilson habla en 1918 de naciones hermanas, de buena voluntad, de comprensión y simpatía, como los firmantes de la Santa Alianza hablaban en 1815 de fraternidad, de caridad y de afección mutua.

Algúen ha observado que en el preámbulo de los tratados suelen aparecer “emanaciones morales de la diplomacia” que aun no logran incorporarse a la parte dispositiva, al derecho positivo propiamente tal que por el tratado se crea.

En el preámbulo del Pacto de la Sociedad de las Naciones, que vino a ser la final resultante de los catorce puntos de Wilson, se habla de relaciones internacionales fundadas no sólo en la justicia sino también en el honor, fórmula que acusa también la idea de no circunscribir al solo campo del derecho las normas de la vida internacional.

Como la triple alianza fué firmada por sus tres artífices sin valerse de personeros ni intermediarios, en el Pacto de la Sociedad de las Naciones estampó su propia firma en forma inusitada y en representación de su país el principal autor del Pacto, Presidente Wilson, firma que esta vez por significativa circunstancia quedaría sin efecto alguno, por haber negado el Senado de los Estados Unidos su aprobación requerida por la Constitución republicana para la ratificación de lo que Wilson había suscrito creyendo, de seguro, su poder más cercano de lo que en realidad era del de los soberanos de 1815.

Esas y otras analogías mantuvieron vivo en no pocos el recuerdo de la Santa Alianza en los días en que ante la expectación del mundo se operaba trabajosamente la gestación del Pacto de la Sociedad de las Naciones.

Un colaborador del “Journal des Débats”, Auguste Gauvain escribía el 17 de Marzo de 1919:

“La Sociedad de las Naciones es la mejor válvula de seguridad que se pueda imaginar. Después de 1815 los signata-

rios de los tratados de Viena debieron reunirse año a año para deliberar sobre los medios de llenar las grietas que a cada instante se abrían en su obra. Apenas habían reconstruido un muro, se partía otra de las fachadas. Los desórdenes y las intervenciones se sucedían casi sin interrupción, y, finalmente, se quebró el mecanismo de la Santa Alianza. No pasará lo mismo con la Sociedad de las Naciones si se la constituye fuertemente”.

En uno de sus escritos habla Mr. Leon Bourgeois del “derecho tal como lo llegará a producir el progreso de la conciencia humana”, pero aún antes de que esa perfección del derecho se realice y generalice, parece que hay circunstancias de la vida humana en que las conciencias no se satisfacen con el derecho, que no es más que un “mínimum ético”, como dijo el profesor Gellinek, de la Universidad de Viena.

No es imposible hallar rasgos demostrativos de que no han faltado países que en el pasado hayan tomado muy en cuenta para su proceder internacional causas ajenas a las obligaciones jurídicas.

Así el 26 de Octubre de 1852 el Ministro de Relaciones Exteriores chileno don Antonio Varas escribía al Encargado de Negocios del Ecuador: “Amo mucho la honra de un país como humano y como digno de estimación por su conducta conforme a la justicia y a los más nobles sentimientos que tanto enaltecen al hombre”.

“Semejante proceder revelaría falta de humanidad, defecto que si repugna en un particular, en una nación su deformidad llegaría al extremo”, agrega la misma citada comunicación oficial chilena.

La tendencia que dictó tales conceptos se ha seguido acentuando con el transcurso de los años.

“Un Estado que borre de la lista de sus obligaciones la piedad y el altruísmo viola los deberes fundamentales que nuestra época considera le incumben”, dijo en 1927 el profesor Krauss de la Universidad de Goettingue, el que observa a la vez que “el principio de la solidaridad internacional se ha desarrollado en el curso de los últimos años casi con la rapidez de crecimiento de una planta tropical”.

Humanidad, piedad, altruísmo, solidaridad, son concep-

tos que se funden con ventaja en el concepto cristiano de la caridad.

“Tened caridad, que es el vínculo de la perfección”, decía San Pablo a los colosenses, y no faltan otros que con el Apóstol de las Naciones hayan contribuido a predicar que la caridad, así llamada, sin cambio de nombre ni disfraces que la desfiguren, es también entre las naciones el vínculo de la perfección.

En 1928, el Presidente de los Estados Unidos Mr. Coolidge emitió en la inauguración de la Sexta Conferencia Panamericana de la Habana los conceptos siguientes:

“Aunque la ley es necesaria para guiar adecuadamente la acción humana y permanecerá siempre siendo la fuente de libertad y la garantía final de todos nuestros derechos, existe otro elemento en nuestras experiencias que siempre debe ser tomado en consideración. Sabemos que la letra mata pero el espíritu dá vida”. Esta frase, que está entre comillas en el discurso de Mr. Coolidge, es la tan conocida de una epístola de San Pablo a los corintios.

Sigue así el mismo discurso presidencial escuchado en La Habana en 1928: “Frecuentemente en nuestras relaciones internacionales deberemos contemplar el espíritu más que la letra de la ley, y debemos tener presente que la suprema ley es la consideración, la cooperación, la amistad y la caridad, y que a falta de éstas no puede haber paz, progreso, libertad ni República.

“Estos son los atributos que elevan las relaciones humanas del terreno puramente físico y del orden de la existencia animal hasta la esfera superior que confina con lo divino. Si nosotros entramos en una nueva era en nuestros asuntos será porque el mundo reconoce y ajusta su vida a este espíritu, que es la expresión más perfecta de la regla de oro”.

“Debemos — agregó el Presidente de los Estados Unidos — orientar nuestro viaje de exploración hacia la completa comprensión y amistad. Una vez tomada esa ruta, no deben hacernos retroceder los temores de los tímidos, los consejos de los ignorantes o los designios de los malévolos. Con la ley y la caridad por guías, con aquella fe que crece

cuando requiere sacrificios, echaremos finalmente anclas en el puerto de la justicia y la verdad”.

Hace poco más de dos meses se han pronunciado muy cerca de aquí las siguientes palabras que no disuenan de las del Presidente Coolidge en 1928, y que están tomadas de uno de los diarios de Santiago:

“Las naciones siempre viven con retraso respecto a la mentalidad individual”.

“Mientras algunos países queman el café, en otros no se bebe café: mientras en algunas naciones sobra trigo, en otras partes la gente se muere de hambre.

“Por esto no basta un esfuerzo mental para obtener la paz. Es necesario un esfuerzo moral, de cooperación humana”.

“Es necesario un fuerte patriotismo, un patriotismo puro, un patriotismo depurado, más consciente de sus deberes para la patria, pero también para el resto de los hombres.

“Y para esto no hay mejor guía ni mejor lema que el que nos enseñara Aquel que dijo: Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad, pero sólo a los de buena voluntad”.

Esto no se ha dicho, como pudiera creerse, en la vecina Basílica de la Merced ni por un sacerdote católico, sino en el Teatro Municipal y por un Embajador de la República Española y experto conocedor de la situación internacional presente del mundo y sus necesidades, el Excelentísimo señor don Salvador de Madariaga.

Encontrar en tales bocas semejantes lecciones no puede menos de traer a la mente el recuerdo de aquellas palabras de San Pablo a los hebreos: “Dica el Señor: Al dar mis leyes las escribiré en los corazones de los hombres y en sus entendimientos”.

Reveladores indicios son todos esos que una vez más demuestran que quienes no se empecinan en cerrar los ojos fácilmente ven la verdad, y si son sinceros la confiesan, porque, con más razón aún que cuando las escribió el Padre Gratry hace setenta años, pueden decirse ahora estas palabras: “Parece que hemos llegado a una edad de las naciones en que Dios quiere imponer a los hombres deberes intelectuales más grandes”.

Sin más que razonar los que razonan honradamente sue-

len llegar como se ve a la conclusión de que no hay soluciones mejores para los problemas internacionales que las que, como decía Balmes hace cerca de un siglo, se encuentran “seguras, breves y universales” sin más que abrir el Evangelio.

San Pablo dijo a los romanos que “palabra abreviada hará el Señor sobre la tierra” y abreviadas son las lecciones de la Biblia acerca de la vida internacional, pero como se lee en el libro de los Jueces, “vale más un racimo de Efraín que todas las vendimias de Abiezer”.

¡Si esas soluciones prevalecieran! “Tratad, a menudo de imaginar”, decía el Padre Gratry “lo que sería la humanidad si todos los hombres se amaran unos a otros”.

Como San Pablo a los corintios, “estamos en apuros pero no sin recurso” pueden y deben decirse los hombres y, sobre todo, los católicos que estudian su Religión, por arduos que sean los días que les toque vivir en la tierra, con la vista y el pensamiento en la Biblia, depositaria de la ciencia divina que enseñó a Salomón con toda sabiduría las mejores normas posibles de vida internacional.

“EL DIARIO ILUSTRADO”

Las mejores informaciones del país y el extranjero.
Su página de redacción no tiene competidor
en el país

Exija a los suplementeros **“El Diario Ilustrado”**

Oficina de avisos y suscripciones: MONEDA 1158

Ecós del Extranjero

El X Congreso italiano de Filosofía

Es un fenómeno averiguado hasta la saciedad en el orden fisiológico que, al verse un organismo invadido por cualquiera enfermedad, va echando mano a sus medios de defensa en proporción determinada por la violencia del ataque; así cuando éste, de inocuo que por ventura parecía en un principio, se torna amenazante y siniestro, el organismo recoge desesperadamente sus medios de defensa y los lanza, en un supremo esfuerzo para rechazar y aniquilar al invasor salvando de este modo su existencia vacilante.

Fenómeno semejante ocurre en el orden moral. Sólo que el organismo fisiológico, obediente exacto de las leyes establecidas para él, no pierde momento en preparar la defensa; el organismo moral, en cambio, intervenido por la voluntad humana, sujeta a desfallecimiento y extravíos, muy a menudo deja que el mal se arraigue, brote y se propague, adquiriendo conciencia de él únicamente cuando está a punto de acabar con todo. Reacciona, sin embargo, y trata de recuperar con la intensidad de su esfuerzo restaurador la tardanza en haberlo iniciado.

Es lo que contemplamos hoy en el mundo moderno. El virus individualista inyectado en la sociedad cristiana por Lutero, Descartes y Rousseau, ha llegado ya a la plenitud de sus frutos venenosos. No hay nada que no se halle entenebrecido en lo intelectual, debilitado en lo voluntario, dividido en lo social. Se niega la certeza como adhesión firme de la inteligencia a un orden objetivo; se rechaza toda norma absoluta para la voluntad libre del hombre; se prescinde, combatiéndola, de toda unión en el orden social. La sociedad dejó infiltrarse en su seno el virus nocivo; pero a pesar de las voces de alarma, que no faltaron sólo ahora se da cuenta, azorada, de que su existencia misma peligrá, y encarga a sus élites que arbitren los medios de salvación.

Por eso se ven ahora multiplicarse con exhuberante profusión toda clase de reuniones o asambleas en que se congregan los estudiosos a fin de señalar normas de aplicación inmediata para remediar los males actuales. Entre éstos, merecen atención preferente los congresos de índole filosófica. Mal de inteligencia es lo que padece el mundo moderno, cuyos males arrancan de ese entendimiento intelectual: **Si tenéis dañado tu ojo, todo tu cuerpo estará obscurecido**, dice Jesucristo. La mirada del alma, la inteligencia, está dañada y

por eso el espíritu todo se halla obscurecido, desorientado.

El décimo congreso italiano de Filosofía que se reunió tres meses ha en la ciudad de Salsomaggiore, es una de las tantas manifestaciones que han aflorado y afloran desde algún tiempo al impulso del instinto social de conservación. Reunido en la dicha ciudad por celebrarse el centenario de J. Domingo Romagnosi, la personalidad de este filósofo, precursor, en cierto sentido, del materialismo moderno, ocupó el primero de los temas consagrados a discutirse en la asamblea. Los restantes temas, en cambio — la lógica de las ciencias y el realismo — son un vívido indicio de la orientación que han tomado las preocupaciones y los afanes de los intelectuales modernos, y de que han visto certeramente el punto a donde deben llevar la reacción salvadora.

Eso sí que no están todavía muy seguros de los caminos por seguir. El "**Osservatore Romano**" cita a este propósito interesantes reflexiones que el P. A. Messineo, S. J. publica en la "**Civiltà Cattolica**": "No es necesario ocultar, — dice el escritor jesuítico, — que esta labor revisionista de las posiciones conceptuales dominantes en Italia procede en forma muy incierta y un tanto caótica, de tal modo que no permite todavía prever sus futuros perfiles y sistematización. Por el momento, el pensamiento italiano anda desorientado; pero por encima de todo se dibuja confusamente en el horizonte la meta, que parece ser una filosofía más en consonancia con las fuentes de nuestro pensamiento y más vecina al sentido común del cual se había apartado el idealismo, una filosofía que sea afirmación integral de la verdad y retorno a nuestra tradición, la cual, — convenimos plenamente con el honorable Orestano — es esencialmente católica".

Volvamos al Congreso.

S. E. Orestano, en el discurso pronunciado en el teatro de Salsomaggiore atribuyó a Romagnosi la paternidad de la teoría que reconoce a la propiedad una función social. Pero, como lo hace notar el "**Osservatore Romano**", la función social de la propiedad había sido proclamada muy en alto por todos los filósofos escolásticos, y atribuir la invención de esta doctrina a Romagnosi sólo puede ser producto de la ignorancia en que se encuentra el espíritu del mundo moderno respecto de la Filosofía medioeval. Y no solamente, agregamos nosotros, se enseña explícitamente por Santo Tomás y los otros grandes escolásticos la función social de la propiedad, sino que, en la raíz misma de la teoría del Angélico Doctor acerca de la personalidad humana, que **por esencia** es social — dice él, de acuerdo con Aristóteles — late fuerte e intensamente aquella doctrina. La Edad Media, acaba, ¡no es, en sus siglos áureos, una confirmación brillante del es-

píritu social con que se consideraba entonces a la propiedad? Allí están los municipios, universidades y gremios para dar contundente respuesta.

Media jornada del Congreso se consagró a estudiar el tema relatado por el profesor Pastore: **La lógica de la investigación científica**. Fuera de que, como dice el *Osservatore*, el estilo del profesor Pastore se resintió de escasez de claridad y de orden, por cuya razón se hizo muy dificultoso el seguirlo en sus disquisiciones, no se ve muy bien qué cosa pueda ser esta lógica científica. El común de los hombres se ha habituado a entender por lógica una disciplina de la mente, un instrumento de que la inteligencia naturalmente se sirve en la elaboración de los conceptos referentes a cualquier materia de conocimiento siguiendo un camino determinado por las leyes internas del pensamiento; ahora bien, ¿qué tiene que ver la ciencia de las cosas con todo aquello que formalmente, intrínsecamente, constituye la ciencia lógica? En los trabajos científicos, ciertamente que la lógica es necesaria, en cuanto es necesaria la actividad ordenada de la mente que por inducción o deducción arriba a determinadas conclusiones; pero que las ciencias deban poseer una lógica particular, diversa de la lógica racional y que, a su vez, esta última deba alterarse radicalmente como quiere el profesor Pastore, parece inconciliable con el común concepto de Lógica.

Más graves, aún, son las afirmaciones que este intelectual lanzó rechazando toda la lógica que va desde Aristóteles hasta Kant y que él reemplaza con una nueva disciplina que llama **lógica del potenziamento**, una especie de mecánica que supone la igualdad entre la numerabilidad matemática y la lógica, la existencia de modelos y de máximas lógicas posibles de construirse en un laboratorio *ad hoc* y otras afirmaciones semejantes. Comportación de cuán acertadas aparecen las reflexiones del P. Messineo acerca de lo vacilante y desorientado que aparece todavía la restauración intelectual filosófica. No se puede, tampoco, exigir mucho más. Es natural que, en el cruce de dos Edades, los sedimentos de lo viejo se entremezclen con lo que adviene formándose una confusión que, a medida que avanza el proceso histórico, ha de terminar por la fusión de lo vital que había en lo que se va con lo presente, resultando de esa fusión una síntesis, todo claridad y armonía.

El tema del realismo es, sin disputa, el más apasionante de los tres que allí se trataron. La afirmación casi unánime **en favor del realismo filosófico** fué tanto más inesperado cuanto que había entre los congresales una buena falange de idealistas aguerridos.

El profesor Tarozzi, primer relator del tema, desarrolló algo que fué más una conmovedora confesión de la crisis espiritual que lo ha inducido a revisar su bagaje filosófico, que una demostración, destinada a confirmar la existencia de una realidad distinta del *yo*. El supone que el realismo se encuentra suficientemente privado por las aspiraciones y necesidades fundamentales del alma humana. Argumento este de orden afectivo y que deja pensar la situación anómala en que se halla Tarozzi, próximo ya de lo trascendente, de lo absoluto, que — no obstante — sólo se le presenta como problemático, como probable, pero no como una realidad vivaz, por cuya razón no se atreve a demostrarla con argumentos de orden puramente intelectual y metafísico.

En cambio, el profesor Bontadini se plantó decididamente en un dilema: o idealismo o neo-escolástica, porque si al realismo se le da cualquier forma diversa de la neo-escolástica, cae fatalmente en el idealismo. La prueba aducida por este pensador en confirmación de su dilema no convencerá a nadie que conozca sólidamente la filosofía neo-escolástica: **El idealismo en su esencia misma es tensión, esfuerzo, movimiento; ahora bien, toda forma de realismo que no sea la del neo-escolástico encierra en sí algo de tensión; luego, de idealismo.** Argumento insostenible, que hace de la noética tomista una concepción pasiva de la inteligencia completamente en desacuerdo con las doctrinas del Doctor Angélico y con el sentido común. Con muchísima razón, el P. Grammatico observa que débese tener en cuenta la diferencia que media entre los términos asignados al acto intelectual por los realistas e idealistas respectivamente, más que a una oposición — que, por otra parte, no existe — entre un movimiento y su término.

Sobre esta apasionante materia se estableció un profundo cambio de ideas. Los profesores Aliotta y Rava expusieron puntos de vista antitéticos, sosteniendo el primero que precisa combatir el idealismo con una crítica interna y demostrando que todo idealismo contiene un dato real, independiente del pensamiento; mientras que el segundo quebró lanzas, decidido, en favor de un sistema que desconoce toda realidad científica al mundo exterior, al *no-yo*. Como el tiempo urgía, no se prosiguió en la discusión sino que se leyeron las inmensas comunicaciones enviadas al Congreso por diversos intelectuales entre los que se contaban los PP. Boyer y Bozzetti, el prof. Della Rocca y Monseñor Olgiati.

Como conclusión de esta rápida reseña de ideas y de orientaciones — nuevas y viejas — manifestadas en el seno del X Congreso de Filosofía parece poderse afirmar que, no obstante la diversidad y la oposición de tesis y de teorías,

existe, en los espíritus todavía inciertos — un deseo vago de emanciparse de las abstracciones filosóficas subjetivistas para aferrarse de nuevo a un concreto real que responda a las más comunes exigencias del pensamiento humano. No podemos, sin embargo, dejar de anotar que el máximo problema del realismo ha sido tocado sólo de paso y no discutido a fondo. Una discusión sobre el realismo debe afrontar primero el problema de la naturaleza, del ser y de su trascendentalidad, de cuya solución dependen las más altas realidades humanas, la vida moral del individuo y la vida civil de las Naciones.

La Iglesia en Méjico

A pesar de cierto respiro que la Iglesia Católica ha tenido en Méjico durante algún tiempo, debido a las zancadillas e intrigas que se arman unos a otros los cabecillas políticos de esa nación, no se han interrumpido las medidas persecutorias contra Ella, antes bien se han completado con una flamante **Ley (Sic) de Nacionalización de bienes eclesiásticos**, última palabra en cuestión al desconocimiento de los derechos más directamente inherentes a la personalidad humana.

Antes de la citada ley, y en el espacio de año y medio, poco más o menos se habían confiscado 265 iglesias, destinándose todas ellas en seguida a usos profanos o bien francamente irreverentes. Pero para hacer más oficial la expoliación y darle un carácter de permanencia se ha arbitrado esa farsa jurídica que no engañará sino a quienes deseen ser engañados. El documento lleva el 30 de Agosto del año en curso como fecha en que fué firmado, siendo promulgado el 4 del siguiente mes de Septiembre.

Comiézase por declarar propiedad nacional todos los templos destinados al culto público y los que alguna vez lo hayan estado a partir del 1.º de Mayo de 1927, así como los que en lo sucesivo se erijan con ese objeto; los obispos, casas curales y Seminarios; los asilos o colegios de asociaciones, corporaciones o instituciones religiosas; los conventos, y cualquier otro edificio que hubiere sido construido o destinado a la administración, propaganda o enseñanza de un culto religioso; los bienes raíces y capitales impuestos sobre ellos que estén poseídos o administrados por asociaciones, corporaciones o instituciones religiosas, directamente o a través de interpósitas personas. Se ve muy clara la intención de asfixiar, de sofocar, aun la más pequeña manifestación de índole religiosa; de evitar cualquier subterfugio con que poderse evadir del atropello.

En los artículos siguientes, después de especificar cuidadosamente cada uno de los términos a que se refiere la precedente disposición, se declara que la **nacionalización procederá independientemente de que resulten afectadas con ella personas morales o instituciones de cualquiera índole.** (Art. 4.º). De manera que nada detendrá a los gobernantes en su empresa de despojar a la Iglesia de todos los medios para llenar una misión divina que, por consiguiente, es independiente de todo poder civil y superior a cualquiera autoridad que mire por el bien terrestre de los hombres. El odio a lo sobrenatural es tan grande en aquellos espíritus que le sacrifican cualquier derecho aunque sea de personas que nada tengan que ver con manifestaciones religiosas. Al fin y al cabo, son lógicos. No respetando lo divino, ¿por qué respetar lo puramente humano?

Ese afán enfermizo de concluir con el catolicismo — enfermizo porque el odio parece haber trastornado las facultades mentales de los caudillos y de sus secuaces — se ha visto de manifiesto en la Ley reglamentaria de la anterior; casi todos los artículos van encaminados, no sólo a fijar más los procedimientos, sino a facilitarlos y a cerrar la puerta aun a los reclamos V. gr. el art. 1.º dice que **los jefes de las oficinas (de Hda.) “bajo pena de destitución” darán cuenta a la Dirección General de Bienes Nacionales de las denuncias que ante ellos se formulen.** El art. 2.º faculta a esa Dirección General para **revocar “de oficio”, antes de la citación para la audiencia de pruebas, las resoluciones que ilegalmente hayan admitido una oposición;** por “oposición” se entiende una reclamación de las víctimas. Los restantes caminan por las mismas vías.

El secreto de todo ese conjunto de procedimientos estriba en que, a despecho de las apariencias, el Gobierno mejicano quiere instaurar un régimen de socialismo de estado, análogo al de Rusia, en el cual el Partido Nacional Revolucionario sería como el eje del gobierno, del mismo modo que en la Unión Soviética el Partido Comunista. Y para instaurar semejante régimen con visos de duración no hay más remedio que comenzar por apoderarse del espíritu de los individuos y, para ello, aniquilar fuerzas como la Iglesia Católica que, consciente de su misión, sabe que a ella, y a ella sola, le compete el mirar todo lo referente a los negocios espirituales; a quien cuida del fin le incumbe mirar porque no se acumulen obstáculos que impidan llegar al fin. El gobierno mejicano quiere trasladarse y trasladar a los demás más allá de Jesucristo y del Calvario, a una época en que todavía no habían resonado en el mundo aquellas palabras, fatídicas para todos los opresores: **“Dad al César lo que es del César y a Dios lo**

que es de Dios'', con las que el Divino Maestro establece los límites del poder civil y su subordinación — extrínseca, es cierto — a otro poder más augusto y de origen más directamente divino, si se permite tal adverbio. ¡Irrisorias consecuencias del liberalismo: negando lo sobrenatural y la independencia de la Iglesia, ha engendrado un hijo que, intentando destruir a la Iglesia, sólo ha conseguido aniquilar a quien lo había engendrado!

En sus ansias retrógradas — de retrogradar más de dos mil años — el gobierno mejicano ha establecido amistosas relaciones de connivencia con los dirigentes de Moscú y ha asignado un sueldo pingüe al camarada Hernán Laborde encargado de preparar el terreno a la dictadura proletaria. Para evitar comentarios, léase mejor el documento que lo comprueba, dirigido al susodicho Laborde:

En acuerdo especial celebrado con el señor Presidente de la República, me encargó expresar a Ud. lo siguiente, en contestación a su carta de fecha 26 del p. p. Diciembre de 1934.

El señor Arturo H. Villegas entregará a Ud. semanalmente la cantidad de \$ 2.000 (Dos mil pesos) para ayuda de sus gastos de propaganda, teniendo cuidado de atacar a nuestro Gobierno para desorientar a las burguesías tanto nacional como extranjera, especialmente la norteamericana. Deben provocarse y fomentarse todas las huelgas que más sea posible para llegar más rápido a la Dictadura del Proletariado, recomendando a usted tomar parte activísima en las de ferrocarrileros y tranviarios de esta propia capital. Debemos combatir todas las religiones conocidas muy principalmente la Protestante y la Romana Católica, levantando censos de los Caballeros de Colón y Guadalupanos, para imposibilitarlos en un momento dado como haya lugar y sea necesario, sin contemplaciones de ningún género y cualesquiera que sean los resultados. Deben ustedes organizar mítines de protesta contra la llamada proposición Borah e Higgins y Burklet, denunciando ante la opinión internacional el imperialismo yanqui, para que en Europa se censure la intromisión americana en asuntos de Méjico, tomamos como ejemplo lo que acontece en la infortunada Cuba.

Hemos recibido noticias de nuestro Agente Representante en la Rusia Soviética, camarada Lucio Cuesta en las cuales nos participa que nuestro movimiento proletario en los Estados Unidos de Norte América será intensificado en la presente primavera, debiendo secundar nosotros, desde los puntos limítrofes de nuestras fronteras del norte.

Es de capital interés violentar la huelga de ferrocarrileros, para aprovechar la alarma y descontento de las masas

campesinas, y que por esta razón no encontremos una oposición que en parte nos retardare consolidar el nuevo régimen de los trabajadores.

La huelga de tranviarios es otro factor importante capitalino que no hay que descuidar.

El oficial mayor: José Hernández Delgado''.

Esta carta ahorra todo comentario, como dijimos. El corresponsal anota para un mejor rigor en las referencias que la comunicación lleva un sobre de la Presidencia de la República, con el águila y el letrero encima **Estados Unidos Mejicanos**, y las palabras **Presidencia de la República-Secretaría particular**.

La **Convención Agraria** que se reunió en Méjico el 7 de Septiembre, convocada por el **Comité Organizador de la Unificación Campesina** del P. N. R. con el fin de formar la **Liga de Comunidades agrarias del Distrito federal**, semilla de la futura **Confederación Nacional Campesina**, fué presidida por Cárdenas, Portes Gil y Cedillo. Leyendo su declaración de principios y su programa se ve que es un nuevo paso dado para establecer la dictadura del proletariado. Algunos botones de muestra: La **Confederación Nacional Campesina** se forma apoyándose en el acuerdo del ciudadano **Presidente de la República Lázaro Cárdenas** publicado el 11 de Julio de 1935, buscando la defensa de los intereses del campesino y la emancipación económica y espiritual de todos los trabajadores del campo organizados. Para lograr este objeto actuará dentro de un franco espíritu de lucha de clases, aceptando la cooperación del Estado para la creación de este organismo. Sostiene que la tierra y sus frutos pertenecen sólo a quienes la trabajan, con lo cual niega que haya otro título, fuera del trabajo, a la posesión de la propiedad, postulado eminentemente anti-natural, anti-humano. Luchará porque la educación tenga una orientación de acuerdo con las doctrinas del socialismo científico (?)... y porque sea accesible en todos sus grados a las masas campesinas del país; nivelación absurda de formación intelectual que denota desconocimiento de una realidad que ofrece mil variados caminos a la actividad libre del hombre. Y como último botón, la **Confederación propugna por una equitativa y económica distribución de la tierra** — acuerdo muy atinado, claro está, pero que, desgraciadamente va a ser anulado por lo que sigue llegando a la socialización de la misma (!!!).

La situación mejicana es, como se desprende de todo lo que antecede, tan clara como trágica: la marcha rápida hacia un régimen que, negando la personalidad y los derechos trascendentes del hombre, desconoce el elemento humano del hom-

bre. Y esto, triste es decirlo, ocurre ante la indiferencia de los demás países del continente, que nada hacen hasta ahora por evitar los vergonzosos hechos, no faltando algunos como el nuestro que aún se permiten señalar la escuela rural materialista y sin Dios de esa desdichada república, como el modelo más digno de imitarse.

Sólo nuestro Centro de Estudios Religiosos, a la vista de lo que ocurre, ha hecho una presentación a los gobiernos de Chile, Argentina y Brasil, solicitando sus buenos oficios en favor de los oprimidos católicos mejicanos. Ojalá que ella encuentre el eco que se merece y que los gobiernos a los cuales va dirigida, conscientes de su carácter de civilizados, le den la importancia debida.

El Presidente Roosevelt y el catolicismo

En los últimos días de Setiembre celebraron los católicos norteamericanos un gran Congreso Eucarístico en Cleveland con asistencia de cien obispos y de 25 mil concurrentes entre sacerdotes y laicos.

Había sido invitado el Presidente Roosevelt y como no pudo concurrir, pidió a uno de los Secretarios de Estado, Mr. Farley, que es católico, que leyera en el Congreso el significativo mensaje de adhesión que a continuación reproducimos.

“No pudiendo asistir personalmente a las reuniones religiosas que se llevaran a efecto en Cleveland el 23 de Setiembre, escribo cordialmente estas palabras de saludo y de augurio para vuestras solemnes e importantes decisiones.

“Los Congresos y reuniones religiosas a que me invitáis son esencialmente necesarios para el bien de nuestro pueblo y de nuestro país. Para conocer los principios de que emana la justicia social y la libertad económica de que todos hablamos, es necesaria una sabiduría superior a la que cualquier hombre o grupos de hombres poseen generalmente. Para aplicar aquellos principios, aun cuando los veamos con claridad, se exige una fuerza que está sobre el individuo y que domina el instinto del egoísmo personal y de grupo.

“Mi experiencia de la vida pública me hace recordar siempre la profunda verdad de las palabras de nuestro primer Presidente: “Todas las resoluciones y costumbres que conducen a la prosperidad política, requieren el sostén indispensable de la religión y de la moral”. La religión nos fortalece a todos porque nos enseña que todos somos hijos de un Padre celestial común y que el mismo Padre Celestial ayuda a todos. Sin El ninguna nación puede durar largo tiempo. Tiene una gran

significación el hecho de que desde nuestros comienzos nacionales, hasta hoy día, hayamos constantemente seguido estas máximas, apoyándolas con la protección de nuestras leyes y de nuestras instituciones.

“Vuestro Congreso contribuirá, por tanto, a esta grande y esencial misión por el bien de nuestro país.

“Añadiré lo que hubiera dicho si hubiera estado presente: mi saludo a todos los personajes que presidirán el Congreso y a todos los ciudadanos que a él asistan. Que vuestras deliberaciones tengan desde hoy éxito. Sinceramente vuestro.— Franklin D. Roosevelt”.

Como si esto fuera poco, el Presidente ha querido también manifestar su simpatía a la “Conferencia Nacional de la beneficencia católica”, reunida en Octubre último en Peoria con asistencia de más de tres mil delegados para celebrar el vigésimo quinto aniversario de su fundación. Y a este fin, Roosevelt envió el siguiente mensaje al Presidente de la Conferencia, Monseñor Wagner:

“Con ocasión del vigésimo quinto aniversario de la institución de la “Conferencia Nacional de la beneficencia católica”, envió a todos sus miembros y a cuantos asisten a su reunión mis especiales congratulaciones.

“Quisiera estar con vosotros y deciros cara a cara cuán altamente aprecio la obra que desarrollan organizaciones como la vuestra y cómo considero siempre más su necesidad para completar la estructura de nuestra organización nacional y alcanzar el bienestar de todas las familias en nuestro país.

“La palabra angustia que domina desde ya más de seis años ha tenido por lo menos un lado bueno haciéndonos comprender que si la tranquilidad económica y la justicia social no están al alcance de todos, ninguno de nosotros puede realmente tener bienestar y estar contento. Ciertamente no lo puede estar la nación en su conjunto. Se necesitará tiempo y largos esfuerzos para alcanzar este ideal. Para mientras tanto, se debe procurar poner remedio a estas deficiencias teniendo en primer lugar cuidado de los pobres, de los abandonados.

“Vosotros desarrolláis una obra, presentáis posibilidades y lanzáis un llamado como ninguna organización gubernativa podría hacerlo. En mi declaración concerniente al “National Youth administration”, he puesto en relieve la importancia de la ayuda y de la colaboración de las organizaciones privadas en toda obra verdaderamente nacional. Y lo vuelvo a repetir. Vuestra obra es inmediata, personal, religiosa. Presentáis al pueblo la oportunidad de ejercitar su generosidad y su espíritu de sacrificio. Lleváis consolaciones, no lleváis un mensaje proveniente de un poder terreno sino de Dios”.

Compárese la actitud de este gobernante no católico respecto de la Iglesia, con la de los que rigen los destinos de México...

**DEPARTAMENTO DE PROPAGANDA
DEL DIARIO "EL IMPARCIAL"**

Atiende al público en su oficina, Huérfanos 1250,
Teléfono 61563, de 9 a 12 1/2 y de 12 1/2 a 7 1/2.

Gustavo García Díaz

Agente general Exclusivo, Jefe Dpto. Propaganda.

Revista de Ideas y de Hechos

Iglesia y política

Se ha dado a la publicidad una Pastoral colectiva en que los Obispos sientan de manera categórica e indiscutible las relaciones de la Iglesia con la política.

No se trata de normas dictadas con fines oportunistas u ocasionales, sino de principios claramente proclamados por la Iglesia en todos los tiempos y países.

La doctrina que en este documento se sustenta y que para algunos sonará acaso a nuevo e inusitado, es la que siempre ha sostenido la cátedra de San Pedro y continuado la sede Arzobispal de Santiago desde el siglo anterior.

Así el Excmo. Señor Valdivieso, al evacuar el 4 de Noviembre de 1863 una consulta del Cura de Talpén, se expresaba en estos términos: "He tenido por regla abstenerme de toda ingerencia activa en la política de mi país, fundado en que la división de los partidos produce hondos y muchos recelos y que un Obispo o un párroco, desde que se abanderiza por un partido, aleja de sí y hace casi infructuoso su ministerio respecto de sus adversarios políticos. Además, vinculando uno el triunfo de la religión al de un partido, hace que las venganzas del contrario se estrellen contra la Iglesia. No quiero decir por esto que pretenda hacer a los eclesiásticos indiferentes respecto de la suerte de la patria, ni menos respecto de la que preparan a la Iglesia sus enemigos, no. El ministerio sagrado no puede hacernos insensibles a las legítimas afecciones de nuestro corazón, ni sería justo abandonar a la seducción y al engaño al feligrés de recto corazón, que nos pide consejo para dar su sufragio en favor del que pueda contribuir a su defensa de la religión y prosperidad de la patria. Lo que quiero decir es que, en mi concepto, no es conveniente que los eclesiásticos nos abandericemos en ningún partido puramente político". (1).

Monseñor Errázuriz no ocultó tampoco su modo de pensar al respecto, sino que siempre lo expuso con toda claridad y precisión. "Yo he deseado constantemente — dice en sus memorias — deslindar, en lo posible, los campos del clero y de los políticos, en asuntos de interés general. Así como creo deber primordial defender en la política a la religión y to-

(1) "Obras científicas y literarias del Illmo. y Rvdmo. Sr. Don Rafael Valentín Valdivieso; 1904; Tomo III; Pág. 634.

mar parte, por lo tanto, en la primera por favorecer a la segunda, así creo, no sólo poco conveniente, sino peligrosa la intromisión del clero en la política meramente partidista y personal. Desearía, y cien veces lo he dicho, que, al acercarse las votaciones, párrocos y eclesiásticos predicaran al pueblo cuál es el deber de todo buen ciudadano, a saber, influir con su voto en favor del bienestar social, favoreciendo con él, al candidato que más garantías dé a la religión y a la patria; hecho lo cual, debería abstenerse de toda intervención activa y nunca atacar a las personas. De ordinario no ha menester el pueblo que se les nombre para conocer a los adversarios de la Iglesia, algunos de los cuales llegarían talvez sin ello a ser mañana amigos. Y después de la lucha, en la discusión de asuntos meramente políticos, si los eclesiásticos como ciudadanos pueden tener su opinión, el carácter sacerdotal les pide que sean más moderados y prudentes: vean en esto los demás que, si obedeciendo al dictado de su conciencia, defienden y sostienen con rigor los principios e intereses religiosos, saben cuando de ello se trata, dominarse y sobreponerse a la pasión política. Tal sería a mis ojos el ideal". (1).

Esta misma doctrina desarrolló también en una Pastoral dirigida a todo el clero de la Arquidiócesis, la supo aplicar en cada uno de los actos de su pacífico gobierno y como un legado de paz, la expuso en su último discurso público, al cumplir los 89 años de edad: "El amor, la caridad cristiana que tiende a reunir como hermanos a todos los hombres, la trajo Cristo Nuestro Señor al mundo y la Iglesia la enseña y enérgicamente la mantiene el gran Pío XI, al decir una y otra vez al clero que él como la Iglesia, no pertenecen a partido alguno y debe mantenerse sobre todos los intereses para cuidar sólo de lo que constituye su fin, el alma de los fieles, la unión con Dios".

Al obrar y pensar de esta manera, Monseñor Errázuriz no hacía, por otra parte, más que cumplir estrictamente los acuerdos del Concilio plenario de la América latina: "Absténgase prudentemente el clero de las cuestiones que se refieren a cosas meramente políticas o civiles y sobre las cuales, dentro de los límites de la doctrina y de la ley cristiana, caben distintas opiniones y no se mezele en las facciones políticas, a fin de que la religión santa, que debe estar por encima de todas las cosas humanas y unir los ánimos de todos los ciudadanos con el vínculo de la mutua caridad y benevolencia, no aparezca faltando a su oficio y no se haga sospechoso su saludable ministerio".

(1) "Algo de lo que he visto"; Pág. 183.

Pero como en los últimos años se había suscitado serias disputas entre los católicos en torno a las relaciones de la Acción Católica y la Política, los Obispos creyeron oportuno consultar al respecto a la Santa Sede. La respuesta que por intermedio del Excmo. Señor Nuncio en Santiago envió el Secretario de Estado, Emmo. Cardenal Pacelli, no es sino una aplicación directa a nuestro país de la doctrina sostenida invariablemente por la Curia Romana: La Iglesia no se desentiende de la alta política que mira al bien común y forma parte de la Etica general, pero en cambio permanece al margen de la política contingente de partidos; todo católico está obligado a contribuir con su voto a que la política del Estado se regule por los principios cristianos, condenándose de esta manera el abstencionismo absoluto; “un partido político, aunque se proponga inspirarse en la doctrina de la Iglesia y defender sus derechos, no puede arrogarse la representación de todos los fieles, ya que su programa concreto no podrá tener nunca un valor absoluto para todos y sus actuaciones prácticas están sujetas a error”; debe dejarse a los fieles la libertad que les compete como ciudadanos de constituir particulares ocupaciones políticas y de militar en ellas siempre que éstas den suficientes garantías de respeto a los derechos de la Iglesia y de las almas”; todos los católicos, cualquiera que sea el partido en que militen, están obligados a mantenerse unidos en torno a la jerarquía eclesiástica en los momentos en que los intereses de la Iglesia aparezcan amenazados, debiendo en tales casos posponer sus intereses de círculo en aras de la defensa de los principios religiosos (1).

Por desgracia la carta del Cardenal Pacelli no puso término a las discrepancias, sino que — al decir de la reciente pastoral de los Obispos — ella fué “objeto de interpretaciones diversas y contradictorias de parte de personas que no tienen la facultad, competencia, ni autoridad para hacerlo”. En privado y en público la lucha continuó, llegando a producirse ruidosas polémicas como la sostenida entre el Pbro. Señor Daniel Merino y el periódico “Trabajo”, en Mayo último, acerca del alcance de algunas disposiciones del citado documento. “El Cardenal Pacelli nos deja ver — expresó entonces el señor Merino — que su prohibición a la jerarquía de la Iglesia de dirigir a los jóvenes de “tal suerte que éstos se inclinen a uno, más que a otro de los partidos políticos”,

(1) Para conocer en detalle el contenido de la Carta del Cardenal Pacelli, consúltese su texto oficial publicado por la Acción Católica. Puede también tenerse a la vista con provecho, el opúsculo del Pbro. Don Carlos Hamilton: “Obligaciones morales de los católicos en materia política”, elogiosamente comentado y recomendado por la revista vaticana “Civiltá Cattolica”.

se refiere no a todos los partidos políticos, sino sólo a aquellos “que den **suficientes** garantías para la conveniente defensa de la causa y los derechos de la Iglesia”. Ahora bien, estas **suficientes** garantías para la conveniente defensa de la buena causa no las da ninguno de los nuevos partidos, que vienen a dividir en política a los católicos verdaderos de este país, que ciertamente no son el 98 % de la población como lo indica el censo, incluyendo a una gran mayoría que de católicos tienen poco más que el nombre”.

Por su parte el periódico “Trabajo” alegó entonces (25 de Mayo) que: “En las normas del Cardenal Pacelli, “suficientes garantías” no tiene un sentido cuantitativo, sino cualitativo, es decir, no es necesario que el partido tenga mucha fuerza, sino que por sus principios y su acción no vaya contra los intereses de la Iglesia”.

Esta dificultad ha sido claramente sanjada por la nueva Pastoral colectiva del Episcopado que, junto con reproducir en todas sus partes con admirable claridad la doctrina de la Santa Sede, afirma de manera concluyente que: “Los católicos tienen el derecho de agruparse en el partido que más les agradare u organizar otros nuevos, con tal que estos partidos, junto con velar por el bien de la Patria, den **por sus programas** suficientes garantías de respeto a la religión y de conveniente defensa de la causa y de los derechos de la Iglesia”.

El reciente documento episcopal ha venido a comprobar, pese a la opinión de malévolos sectores, que la jerarquía de la Iglesia en nuestro país se mantiene férreamente unida en torno del pensamiento de Roma y dispuesta a acatar y hacer cumplir estrictamente las órdenes emanadas de la Sede vaticana. Ojalá que la actitud ecuaníme y serena de nuestros prelados — elogiosamente recibida por publicaciones de tendencias tan diversas como “La revista católica”, “Hoy”, “El Diario Ilustrado”, “Trabajo”, “El Mercurio”, etc., — ponga término a las disensiones que han esterilizado no poco en los últimos tiempos el trabajo de la Acción Católica y que todos unidos dentro de esta última, por encima de intereses de círculo y de partido, trabajen desinteresadamente por el reinado social de Cristo.

Présupuesto nacional

Al discutirse en la Cámara de Diputados el proyecto de ley de presupuestos presentado por el Gobierno, uno de sus miembros, el señor Ríos Arias, hizo diversas observaciones que bien valen la pena de ser reproducidos: “Este presupuesto — son sus palabras — asciende a \$ 1.218.000.000. De esta suma se gastan en sueldos, sobresueldos, jubilaciones y otras remu-

neraciones a empleados, \$ 850.000.000; en obras públicas \$ 168.000.000 y quedan sólo \$ 200.000.000 para atender a todos los demás gastos de la Administración Pública". El presupuesto del Ministerio de Defensa Nacional ocupa un 30 % del total sin peligro de guerra alguno, existiendo a la fecha tres mil oficiales en retiro. "El número de jubilados y pensionados que hay en el país es de 25 mil, que reciben del Estado anualmente 135 millones de pesos"... "Se multiplican las oficinas públicas, fiscales o semi-fiscales y los organismos autónomos. Hay una Caja Hipotecaria, una Caja Agraria, una Caja de Crédito Industrial, una Caja de Crédito Minero, una Caja de Crédito Carbonero. ¿No sería posible fusionar estos diversos establecimientos de crédito en uno o dos organismos de mayor eficiencia y con menores gastos? ¿No sería también posible estudiar y resolver la fusión de los diversos organismos de previsión que hoy se encuentran diseminados en Cajas de Seguro Obrero, de Empleados Públicos, de Empleados Particulares, de Retiro del Ejército, Armada, de Retiro de los Ferrocarriles, etc., etc.? Creo que sí y estimo que este problema, como el de reducir nuestro enorme tren burocrático, o por lo menos detenerlo en su carrera de aumentos, es labor que debe acometerse sin mayor dilación".

¿Cómo recibió la Cámara el discurso del señor Ríos Arias? Con "aplausos en la sala", nos lo dice la versión taquigráfica, que a su vez nos informa pocos días después acerca de la aprobación general y particular de ese mismo proyecto de presupuesto tan criticado.

Ante lo ocurrido, el Directorio de la Unión Republicana ha manifestado desde "La Unión" de Valparaíso lo siguiente: "La Cámara entera había recibido con aplausos los discursos que censuraban el Presupuesto y especialmente las palabras del señor Ríos Arias, indicando la necesidad de transformar por completo la administración y las finanzas fiscales, merecieron unánime aprobación. Por más desacreditado que esté ese organismo, resulta incomprensible que inmediatamente después, en una sesión de chacota, apruebe los presupuestos sin modificación alguna. Es que los discursos fueron inspirados por el anhelo del país, que ya desborda y amenaza, mientras la votación fué el reflejo fiel de la incapacidad de la Cámara. En una situación sensata, habría responsables aun más afectados que los señores diputados, por este grave e inconcebible proceder. La Cámara está formada casi totalmente por los partidos políticos tradicionales que todavía pretenden dirigir al país; son los jefes de esos partidos—dirigentes que en realidad no dirigen nada, equilibristas perniciosos, mantenedores de una politiquería que nos lleva al desastre — los más directamente responsables de la grotesca y fatal acción de las Cámaras"...

Sin duda alguna que los problemas nacionales aumentan día a día ante la indiferente actitud de los políticos. Se prefiere invertir más de dos tercios del erario en el mantenimiento de una máquina burocrática monstruosa, mientras la vida de las comunas, absorbida enteramente por el voraz estatismo, languidece falta por completo de recursos, y a mala situación social, digna de un pueblo africano, se agudiza y toma caracteres amenazadores.

Y lo curioso es notar que estos hechos los comprueban y reconocen los propios políticos, sin que, por ello se mejore un ápice la situación. El discurso ya citado del señor Ríos Arias no constituye un episodio aislado. El señor Pedro Aguirre Cerda, en una concentración del Partido Radical, acaba de hacer por su parte las siguientes declaraciones, que en el fondo constituyen una censura a esta colectividad, usufructuaria como pocas del poder y de la educación en el curso de los últimos lustros: "Observad la salud pública. La mortalidad infantil en 38 países acusa una cifra máxima de 188 por mil y una mínima de 35 por mil. En Chile esa cifra es de 235 por mil.

"En 1869, con una población de 1.800,000 había 260 locos reclusos. Hoy, con 4.300,000 habitantes, tenemos 3,054 locos en reclusión. Mientras la población ha aumentado en 138 %, el número de locos reclusos ha crecido en 1175 %.

"Según estadística de un médico de la Beneficencia, cada 20 minutos muere un ciudadano de tuberculosis. Fallecen al año más de 20,000. La principal causa es la sub-alimentación, la insalubridad de la vivienda y la falta de abrigo.

"En una encuesta escolar en Santiago, de 144 escuelas visitadas, 113 fueron declaradas insalubres.

"El cuadro es, pues, aterrador.

"Contemplad el problema educacional.

"Si el jefe de taller y el mayordomo de faena están capacitados para educar al obrero en la eficiencia y comodidad de su labor; si los directores son técnicos que instruyen constantemente a sus ayudantes; si los empresarios comprenden sus deberes sociales y económicos para con sus cooperadores; si se dan facilidades a los empleados de la administración pública para que perfeccionen constantemente sus conocimientos, afianzaremos la eficiencia de la industria, de la agricultura, del comercio y de la administración pública y vigorizaremos la democracia al dar opción a todos, en especial a los que prematuramente han debido empezar la lucha por la vida, para que mejoren constantemente su situación económica con las armas del saber, el esfuerzo y la moralidad. Es así cómo en los pueblos cultos, individuos que empezaron de vendedores

de diarios, de mecánicos o de linotipistas han llegado a ocupar las más altas situaciones nacionales.

“Pero para ello se requieren previamente que formemos en la conciencia del Gobierno el significado que tiene la educación pública en la vida del país.

“Citemos cifras para demostrar su abandono:

“Según el censo educacional de 1933, había:

a) Analfabetos registrados, mayores de 8 años, 811,000.

b) Ignorados, mayores de 8 años, 150,000.

“En 1934, quedaron al margen de toda educación 400,000 niños, esto es, cerca del 50 % de la población escolar.

“En cuanto a los adultos, sólo se educa el 1 % de analfabetos.

Para preparar a los individuos que deben trabajar en las actividades productoras, las cifras no son menos expresivas:

Hay en la Agricultura 11,000 empleados, y sólo 4 escuelas prácticas de Agricultura, con una asistencia media de 340 alumnos.

Son 343,000 los obreros que trabajan en las labores campesinas, y para educarlos en sus especialidades funcionan 6 escuelas-granjas, con una matrícula total de 720 alumnos.

Trabajan en la industria 20,000 empleados, y para prepararlos hay 4 escuelas industriales, con 927 matriculados.

Para servir una población de trabajadores industriales de 185,000 individuos, hay sólo 58 escuelas vocacionales o con grado vocacional.

Ya veis, pues, que no se hace esfuerzo alguno para mejorar la eficiencia productora del país por medio de la educación, lo que permitiría también una acción práctica en la formación de nuestra democracia.

Observad las contribuciones.

Mientras todos los gobiernos modernos procuran evitar los impuestos indirectos, porque son inversamente proporcionales, nuestra política tributaria se inclina más y más a las contribuciones indirectas, que encarecen enormemente la vida. En el presupuesto de 1936, los impuestos directos figuran con 27 %, y los indirectos, con 73 %.

No es raro, pues, que un diario de Santiago haya dicho que, según publicaciones de la Sociedad de las Naciones los precios al por mayor, habían subido en 13 países, de 7 a 29 %, y en Chile a 140 %”.

Notas Bibliográficas

"SALAZAR: PORTUGAL Y SU JEFE", por Antonio Ferro.—Biblioteca "Ercilla".—Vol. LI - 224 páginas.—SANTIAGO.

Antonio de Oliveira Salazar, el Presidente del Consejo de Portugal, ha sido conocido entre nosotros sólo desde el año pasado. Una hermosísima conferencia del inolvidable Omer Emeth, dos elocuentes estudios del Encargado de Negocios de Portugal, señor Salazar y Moscoso, y artículos aparecidos en "Acción Chilena", en "Falange" y en "Estudios", (Núm. 23), llamaron la atención del público hacia este Jefe de Gobierno, singular por su historia, por su obra y por sus características.

La justificada curiosidad que despierta tan extraordinario personaje, se encuentra ampliamente satisfecha en el espléndido libro de Antonio Ferro, cuya traducción española — que debemos agradecer a Luis Alberto Sánchez — ofrece la Editorial "Ercilla" a los lectores hispano-americanos.

Antonio Ferro es periodista. Periodista portugués. Siente en carne viva la mano enérgica de Salazar y oye diariamente las historias y leyendas que se tejen alrededor de la vida y de las ideas del Presidente del Consejo; de este profesor universitario desconocido aún de los propios portugueses hasta el día en que los militares lo llaman al gobierno y que permanece casi invisible — pese a su labor formidable — durante varios años mientras ejerce las funciones de Ministro de Finanzas y de Jefe del Gabinete. Antonio Ferro resuelve un día entrevistar al amo del país. Prepara su interrogatorio; luego... media docena de conversaciones en un automóvil, en su modesto estudio particular, a lo largo de un camino, en el despacho de Ministro, etc.; por fin... el libro que esperábamos.

Se ha pretendido trazar un paralelo entre este diálogo sencillo y los coloquios de Emil Ludwig con Mussolini. Pobre comparación; sólo es común en ambas obras el diálogo y la posición de uno de los interlocutores. Pero Ferro no es un fabricante de biografías, ni Salazar responde a trompetazos para que lo escuchan las generaciones actuales y futuras. Sin embargo, la sencillez, la franqueza y la humildad que flotan en todas las páginas, constituyen realmente historia y más que eso: doctrina viva en acción.

"Antonio Ferro — nos dice Salazar en la introducción — ha preparado su indagación con cuidado. Ha propuesto las preguntas que ha querido — y qué preguntas a veces — ha conducido el diálogo, deteniéndose bruscamente o haciéndolo desviar de su curso natural, cada vez que le ha parecido necesario... Dócilmente, yo he contestado en términos precisos a tal interrogatorio — o, mejor, a tan largo examen — sin tratar de evadir los temas más arduos, ni detenerme en los que me hubieran complacido más".

Política nacional. He aquí el primer argumento que ataca Salazar. La viabilidad de la política nacional y la desaparición de los partidos políticos.

“Cuando yo digo **política nacional** — expresa en la página 30 — entiendo que la nación, nuestra nación, es una realidad viviente que anhelamos sea inmortal; que la nación es un todo orgánico compuesto por individuos diferenciados por aptitudes diversas y por actividades desemejantes ellas mismas, jerarquizadas en su diferenciación; que hay intereses de ese todo perfectamente distintos de los intereses individuales y, a veces, antagónicos a los intereses individuales inmediatos de la generalidad, y mucho más aún de los de un grupo o de una clase de ciudadanos; que, para provecho del interés nacional, se deben reconocer las agrupaciones naturales o sociales de los hombres — familia, sociedad, sindicato profesional, asociación para finalidades ideales, autarquía local — pero no obligatoriamente las agrupaciones de naturaleza y fines políticos, organizados para la conquista del poder y el inevitable acaparamiento del Estado”.

Analiza luego el error que entrañan los llamados gobiernos de concentración de partidos y los gobiernos nacionales. “Tales gobiernos no llevan a cabo sus propósitos de un modo perdurable: comienzan por un equívoco, a saber: que la política nacional es necesaria sólo en ciertos momentos históricos; y luego se transforman en gobiernos de partidos, por zonas, si es que puedo expresarme así... En el caso más favorable se dejan a un lado los problemas de orientación general, para evitar el choque de mentalidades opuestas y acaban por convertirse en gobiernos de simple expediente”. Tampoco le merecen mayor confianza los gobiernos que, ante los clamores del público, se constituyen por fuera y encima de los partidos. “Subrayo por fuera y encima para explicar que no son contra los partidos, y para indicar que ese es precisamente el germen de su muerte... Estar fuera de los partidos pero no contra ellos, es el error substancial de tal política”.

En este mismo tono, enérgico, claro, sencillo, se expresa Salazar sobre todos los grandes y pequeños problemas que le plantea el infatigable periodista. La cuestión social, república o monarquía, la Unión nacional, el nuevo Estatuto portugués, comunismo, socialismo, fascismo, política colonial, la dictadura, democracia, censura periodística; todos estos y numerosos otros son colocados en el tapete por Ferro. Siempre, a la pregunta maliciosamente presentada, responde el estadista portugués con una idea segura y oportuna. Extraña, por esto, que el culto traductor de la obra, sugiera en su nota preliminar que Oliveira Salazar carece de orientación definida. El propio entrevistado declara: “Los hombres de Estado, según entiendo, tienen su sistema de ideas, o simplemente, sus ideas, cuando no han conseguido hacer de ellas una síntesis superior”. Y a través de las páginas de la obra, puede seguirse un pensamiento, como hilo tenue pero no interrumpido, un eje sobre el cual giran las ideas políticas y sociales del Jefe de Estado; esta médula doctrinaria no se nombra, por eso algunos no la han visto; pero se llama doctrina cristiana.

"LA LITERATURA HISTORICA CHILENA Y EL CONCEPTO ACTUAL DE LA HISTORIA", por Francisco A. Encina; Editorial Nascimento, 1935; 320 páginas.

Libro es este que por abarcar tan variados y profundos problemas historiográficos, es digno de un análisis por demás detenido. No pretendemos intentarlo en esta oportunidad, sino únicamente referirnos a un Capítulo que por abarcar juicios hasta ahora poco corrientes merece que se le analice con particular interés. Se trata del que el autor titula: "La decadencia", y en el cual traza un cuadro completo de la personalidad y aptitudes de Don Diego Barros Arana.

El señor Encina no se suma servilmente al coro de admiradores ciegos del citado cronista. Reconoce en él, es verdad, y con toda justicia, sus extraordinarias aptitudes de investigador, pero se permite señalar sus graves defectos, que esterilizaron en gran parte su obra y que la obligan hoy día a someterse a una madura revisión.

Pero oigamos al propio señor Encina: "El recuerdo de los condiscípulos coincide en pintar a Barros Arana como alumno tardo intelectualmente, cuya aplicación y laboriosidad le permitían cumplir sin brillo las sencillas tareas escolares de su época. No había exteriorizado ninguna disposición especial; el aprendizaje de la historia no había sido para él más fácil que el de las matemáticas... En el juicio de los condiscípulos entra, sin duda, por mucho la ausencia de vivacidad y de ingenio. Ya en el apogeo de la vida, la falta de espiritualidad y de gracia colocaba al gran historiador en situación definida aún en el grupo de sus amigos... Permaneció atado a los odios personales y a sus sectarismos hasta la senectud. La serena indulgencia para con los hombres y las ideas, característica del ocaso de las mentalidades superiores, no alumbró el final de su larga jornada intelectual; por el contrario, la idea de vengarse póstumamente de los que odió, se tornó casi en una obsesión, si hemos de juzgar por las distanciadadas conversaciones que tuvimos con él en los años últimos. Las pocas páginas que nos leyó de una especie de "Memorias" se acercaban más a la sátira burda que a la ironía del señor Errázuriz. Ignoramos la suerte de estas páginas; pues habiéndole encarecido con demasiada franqueza que no empedreciera su personalidad — con todas sus limitaciones, la mayor de la América española en el terreno histórico — acabó por fastidiarse y por no volver a hablarnos del asunto... Los que conocieron joven a Barros Arana coinciden en afirmar que su volterianismo fué, primitivamente, el de Portales, con menos gracia y sin el sentido humano que la ausencia de espíritu libresco le imprimió en el gran Ministro... Su juicio, casi siempre ecuánime, supo guardar la compostura y la dignidad de la forma, aún en los momentos en que sus pasiones lo arrastran a la parcialidad en el fondo, salvo cuando entra en juego su anti-religiosidad".

Años atrás, en unos estudios de crítica literaria, Don Pedro N. Cruz se permitió hacer observaciones análogas a las del señor Encina, que fueron calificadas por los fetichistas adoradores de Barros Arana, como un producto del odio clerical a la memoria del egregio historiador. Ahora es un liberal, en su tiempo, discípulo del célebre cronista, el que se atreve a estampar la verdad sin atenuaciones. Y nótese que es el segundo acatólico que así lo hace, pues antes que él, el propio Conservador de la Biblioteca Barros Arana, tuvo la independencia suficiente para juzgar a Don Diego en debida forma.

¿Qué pensarán de todo esto sus ya escasos pero fervientes discípulos?...



